DANIEL KEHLMANN

# *Deberías haberte ido*

RANDOM HOUSE

# DANIEL KEHLMANN

# *Deberías haberte ido*

Traducción de Helena Cosano Nuño

RANDOM HOUSE

*2 de diciembre*

Jana y Ella van en tándem por la carretera. Brilla el sol, las hierbas ondean, música alegre. Ella al manillar, Jana extiende los brazos, primer plano: feliz, parpadea al sol. Entonces la bicicleta tropieza con una piedra, se desvía de la carretera y vuelca. Gritos de dolor. La música se interrumpe, fundido en negro, créditos de apertura. Introduce de inmediato el tono correcto.

Muy adecuado empezar aquí arriba con un nuevo bloc de notas. Nuevo entorno, nuevas ideas, un nuevo comienzo. Aire fresco.

La semana pasada, Esther cumplió cuatro años. De ahora en adelante todo será más fácil. Ya se nota que no nos peleamos constantemente por la cuestión de quién se levanta con ella, quién la acuesta, quién juega con ella con los bloques de construcción, con el trenecito o con los Legos. Ya puede hacer muchas más cosas sola.

El frío blancoazulado de los dos glaciares, debajo de ellos granito escarpado, luego los bosques, que la bruma convierte en una superficie lisa de un verde oscuro. El cielo está ligeramente cubierto, una nube se ha colocado delante del sol, una corona de fuego rodea sus bordes blancos y deshilachados.

Delante de la casa que hemos alquilado, la pradera forma una suave pendiente, de unos cien metros, hasta la linde del bosque: abetos, pinos y, allá, un sauce inmenso, pálido. Cuando abro la ventana oigo susurrar el viento. Aparte de eso, no oigo nada. Al fondo se extiende el valle, con sus casas tan pequeñas como dados, cortado a lo ancho por tres cintas: la carretera, el río, la vía férrea. La carretera llena de curvas por la que hemos subido se ramifica como un trazo fino a lápiz.

Un viaje horrible, por cierto. La carretera es abrupta, sin quitamiedos

a los lados, y Susanna es un desastre conduciendo. Me costó no decir nada. Bueno, pero después por desgracia sí que dije algo, de modo que estuvimos discutiendo el resto del camino.

Justo ahora el sol ha aparecido, empujando la nube, por lo que el cielo se derrite en una luminosidad dolorosa, deslumbrante, magnífica.

¿O son demasiadas metáforas? Está claro que el sol no empuja hacia ningún sitio, es el viento el que aparta las nubes, y naturalmente no es que el cielo se derrita. Pero «una luminosidad dolorosa, deslumbrante, magnífica», no está nada mal.

Cosa desacostumbrada, se trata de una casa que en la realidad resulta todavía más bonita que en las fotos de internet. No es ninguna cabañita alpina llena de moho, sino una casa claramente de arquitecto, con dos pisos, nueva y minimalista, con un estrecho balcón arriba y un gran ventanal en la sala de estar.

hiriente luminosidad
nube de fuego
el sol rodando por el firmamento
montañas, grabadas en el azul

«Firmamento»: anticuado. Mejor la palabra más simple, «cielo». Haz que un personaje secundario utilice un par de veces la palabra «firmamento». No hace falta más, con eso queda caracterizado.

Fundido de apertura, Jana camina por la calle con una bolsa de la compra.

Justo cuando quería seguir escribiendo, han entrado. Y cuando están en la habitación no me puedo concentrar. Ahora están jugando en la alfombra y hacen ruido, yo garabateo algo, para que crean que estoy trabajando, porque cuando Susanna cree que no estoy trabajando no para de decir: Para ya de quejarte, si de todas formas no estás

trabajando. Así que escribo y escribo y escribo y hago como que estoy ocupado, y de verdad lo estoy, puesto que, al fin y al cabo, toda la producción me está esperando.

La quiero, y no deseo una vida distinta. ¿Por qué nos peleamos tanto?

Pues otra vez. Se incorporó de la alfombra cargada de reproches, y en ese momento pensé: Ya empezamos. Y realmente dijo exactamente lo que yo ya sabía que iba a decir: Acabamos de llegar, no hace falta ponerse ya otra vez, se puede estar primero un poco con la familia, etcétera.

Pero así, dije yo, no saldrá nunca nada, ¡así no nace una obra!

¿Te refieres a tu guion?

Era el tono al pronunciar la palabra. Sabe exactamente lo que más me irrita. Y, naturalmente, caí en la trampa. ¿Un guion no es una obra?, exclamé. ¿*La Strada*, *Barry Lyndon*, no son obras?

A eso repuso apaciblemente: Un guion es una obra, pero no una «obra». No como tú lo pronuncias. Y *Mejores amigas* 2, pues bueno…

Alguna vez escribiré una película sobre todo esto. Largos diálogos, muchos flashbacks, sin música. Se llamará *Matrimonio*. Todavía no hay nada con ese título, sorprendentemente está libre.

No debería haber respondido, simplemente debería haberme quedado callado, así se podría haber evitado la pelea. Pero no pude resistirme a recordarle que precisamente los derechos de autor de esos guiones que ella consideraba obras pero no «obras», y precisamente los de *Mejores amigas 1*, pagaban los intereses de la hipoteca de nuestra casa, una casa adosada con jardín, eso que consideraba tan importante porque al fin y al cabo un niño debía tener jardín, y ahora tenemos una casa adosada, y falta mucho por pagar de la hipoteca, y Esther realmente nunca juega en el jardín, y si no escribo la segunda parte de mi película de mayor éxito, entonces ¿qué pasa con la hipoteca?

A lo que ella respondió que no tenía nada que objetar a mis comedias, siempre que, por favor, no hiciera como si se trataran de *Minna von Barnhelm* o *El cántaro roto* —siempre tiene que citar clásicos,

para recordarme que ella tiene un título en filología clásica y alemana, mientras que yo nunca fui a la universidad—, y que mi manía de escribir a mano como si fuera un poeta era, por cierto, insoportable. Entonces retrocedió un paso y soltó una risa tan aguda como solo puede proferir un actor los días en que el talento le ha abandonado. Tan afectada resultó que sentí un escalofrío en la espalda y justo en ese momento nos interrumpió Esther, porque le había roto el brazo a su muñeca y pedía llorando pegamento, y ¿de dónde vamos a sacar pegamento aquí arriba?

Ahora ellas se inclinan sobre los trozos de la muñeca y los mueven de aquí para allá y esperan un milagro, y yo sigo escribiendo y no levanto la vista, para que quede claro que no tengo tiempo para ayudar con esas estupideces. El juguete está roto.

Matrimonio. El secreto está en que, a pesar de todo, nos queremos. Yo no querría vivir sin ella: echaría de menos hasta su risa de actriz. Ni ella sin mí. Si no nos crispáramos tanto los nervios el uno al otro…

Vete mientras

*3 de diciembre*

Ayer, antes de que todo se volviera a arreglar, hubo que acostar a la niña. Una reconciliación es del todo impensable mientras esté despierta la niña. Pero después estábamos de pie uno junto al otro ante la gran ventana del cuarto de estar, contemplando la noche: miles y miles de puntos nítidamente grabados en el terciopelo negro, debajo el débil resplandor del contorno de los dos glaciares, y detrás de nuestra casa la luna debía de estar especialmente llena, porque la pendiente delante de nosotros se veía casi como de día por la luz blanca.

Camino del dormitorio de pronto nos equivocamos, porque todavía no conocíamos la casa, y llegamos a un trastero con lavadora y secadora. Una aspiradora apoyada contra la pared cayó estrepitosamente al suelo, así que nos quedamos quietos y aguzamos el oído conteniendo la respiración, pero todo seguía en calma, Esther no se había despertado.

Slapstick, dijo Susanna. Las cosas tienen vida propia.

El slapstick no me gusta, dije yo.

Un poco de slapstick no está mal, dijo ella. ¿Es que tengo que demostrártelo?

Luego subimos las escaleras y encontramos nuestro dormitorio.

Gracias a la primera película, los personajes principales están bien caracterizados, pero no te puedes confiar, en la secuela habría que meter más historia de fondo.

¿Un flashback de la infancia? Un viejo truco, convencional, fiable, pero la verdad es: No sé nada de la infancia de Jana y Ella. El año pasado afirmé ante los estudiantes de la escuela de cine que hay que saberlo todo de los personajes, en particular dónde se criaron y cómo,

pero la verdad es que solo lo dije porque es lo que pone en los manuales. No tengo ni la más remota idea de lo que ocurrió en la infancia de Jana y Ella, y tampoco me interesa. Y por eso tampoco sé cómo reacciona Jana cuando Ella le pide que se vaya de su apartamento, en el que Jana ha estado viviendo en la anterior película, para que pueda instalarse allí el nuevo novio de Ella, que no es otro que el exnovio de Jana, Martin, del que al fin y al cabo solo se separó porque era funcionario de Hacienda. Es bien parecido, es sensible y leído, habla varios idiomas, pero, como Jana explicó tan elocuentemente: ¿Quién va a querer estar con un funcionario de Hacienda?

Acaba de suceder algo extraño.

Bueno, ¿cómo reacciona Jana? Sabemos lo impulsiva que es. Todo el mundo recuerda su ataque de cólera en la primera película, cuando le suelta sin más al profesor de educación física que personas como él le confieren nueva grandeza a la palabra «estupidez». Algo así tiene que volver a suceder, pero de otra manera, porque todos lo esperan. ¿Qué ocurre cuando a Jana, cuyo mayor problema es la falta de autocontrol, la echa de casa con suma amabilidad su mejor amiga?

He debido de confundirme.

Mejor no pensarlo.

Todo está silencioso ahora. Tan silencioso que el propio silencio parece susurrar débilmente. Debe de ser la sangre en los oídos.

La sala de estar se parece a la mayoría de las salas de estar diseñadas por interioristas en los últimos años: suelo de parquet, paredes blancas, lámparas de techo planas, gran cocina con superficies de acero inoxidable y barra americana. En el centro está la mesa de madera, desde donde, a través del enorme ventanal que se abre a la tarde que se

va oscureciendo, miro cómo Susanna y Esther construyen montículos con piedras en el prado, mientras su respiración se transforma en nubecillas de vaho. También ellas deberían poder verme, estoy como en un escenario. Delante de mí, translúcido, mi reflejo: gafas, pelo y cuello de la camisa, el cuaderno sobre la mesa, el bolígrafo en la mano. Todo sigue ahí. Habrá sido mi imaginación. Qué va a ser si no.

Esta vez Jana mantiene la calma. ¡Eso es! Todos se esperan el ataque de cólera, ¡pero no llega!

Ella le dice a Jana que tiene que abandonar el apartamento. Jana permanece impertérrita, lo cual es tan sorprendente que Ella se siente provocada por su serenidad.

**E:** ¡Si tú ya no querías vivir aquí!

**J:** ¿Qué te hace pensar eso?

**E:** Eso se nota. Porque estás sonriendo. ¿Por qué sonríes?

**J:** Porque has encontrado al hombre perfecto.

**E:** ¿Qué quieres decir con eso?

**J:** ¿Cómo?

**E:** ¿Es porque trabaja en Hacienda?

**J:** Es un trabajo como cualquier otro.

**E:** Precisamente.

**J:** Sin empleados de Hacienda el Estado no podría funcionar.

**E:** ¡Me refiero justamente a ese tono!

**J:** No habría calles, y en esas calles que no existirían reinaría la anarquía. Nosotros nos separamos porque él no era el adecuado para mí. Pero claramente sí es perfecto para ti.

Y justo en ese instante entra Martin, con traje y maletín bajo el brazo, y Ella, que no sabe qué hacer con tanta ira, se pone a gritarle con una excusa cualquiera, y Jana se queda allí de pie…

sin sonreír
triste
no, inexpresiva

… eso, mucho mejor: se queda allí de pie, inexpresiva, su semblante no permite adivinar si su intención era hacer que estallara la pelea o si todo lo que había dicho iba en serio. Vete.

Aunque, si justo en ese momento entra Martin parece demasiado una sitcom, resulta demasiado vulgar. Pero si no entra él, entonces ¿quién? Alguien debería entrar.

Ahora las dos están volviendo a casa. Susanna está tecleando: el rectángulo de luz del teléfono se refleja en su cara. La pequeña tiene algo en la mano. Parece que ha encontrado algo en el suelo. Siempre se está encontrando cosas.

Tengo que contarle a Schmidt la idea de Jana manteniendo la calma, le va a gustar. Seguro que llama pronto. Sabe que estoy aquí trabajando, y está esperando el guion. Hace poco me dejó caer que los derechos los tiene la productora y que, en caso de necesidad, tendrían que echar mano de otro autor, naturalmente tú eres el mejor, quién va a hacerlo si no, por descontado que eres la primera opción, pero hay que rodar la continuación, el éxito así lo exige, y si tú no entregas, ¡qué remedio nos queda! Luego añadió que no era por él, él me esperaría eternamente. ¡Pero los productores…! Lo dijo con tanta convicción, con tanta calidez y de forma tan amistosa, que la objeción de que él mismo era el productor no se me ocurrió hasta después de haber colgado el teléfono.

Esther me ha enseñado lo que se ha encontrado fuera. Es una piedra que se parece a cualquier otra piedra, y yo he exclamado ¡Oh! y ¡Ah! y ¡Magnífico! Luego le he dado un beso, su piel estaba todavía fría por el aire de la tarde.

Parece un diamante, ha dicho.

Es cierto, he respondido, ¡es totalmente cierto! Parece un diamante.

Ahora me voy a la cocina y preparo la cena.

*4 de diciembre*

Ayer fue la mejor noche desde hacía mucho tiempo. Salvo por ese sueño.

Me había ofrecido para acostar a Esther, le había leído un libro ilustrado que trataba sobre un ratón que descubre que la luna está hecha de queso. El ratón se come la luna, pero después esta sigue ahí, y entonces el ratón se duerme y el libro se termina. A mi hija le gustó el absurdo, y a mí me gustó que a ella le gustara, ella se acurrucó contra mí y la noche se acurrucó contra la ventana, y cuando apagué la luz vi los glaciares a lo lejos, y unos minutos más tarde oía su rítmica respiración infantil.

Después de la pelea, una escena en la que Martin va a la oficina y en cierto modo se siente insatisfecho consigo mismo. Mira a su alrededor, y de pronto reconoce en sus colegas lo que otros ven en él: funcionarios de Hacienda. Y él es uno de ellos. ¿Cómo pudo ocurrir que él se convirtiera en un funcionario de Hacienda? Mira fotos en su ordenador de cuando iba al colegio. En aquella época todavía no era funcionario de Hacienda. Luego fotos de cuando iba a la universidad, le muestran con corbata, le muestran resolviendo crucigramas con expresión seria, casi con devoción: la transformación ha comenzado. Se observa a sí mismo de arriba abajo. Se afloja la corbata, al momento se siente inseguro, se la vuelve a apretar. Distraído, hojea una revista, se detiene ante la imagen de un cantante de pop que posa de forma particularmente informal, el pelo alborotado, la camisa desabrochada hasta el ombligo, anillos metálicos en los dedos. Titubea unos segundos, levanta el teléfono, ordena que le hagan una inspección al cantante y, pensativo, se afloja la corbata.

Después de que Esther se hubiera dormido, salí de puntillas de la habitación. Extrañamente, me volví a perder, el pasillo de pronto me pareció mucho más largo, y eso que solo había bebido una copa de vino. Tal y como descubrí, había tres dormitorios más; la casa es demasiado grande para nosotros tres. Me sorprende que no sea más cara.

Después estuvimos hasta las dos de la madrugada sentados a la mesa, bebiendo vino y hablando. Exactamente como antes. Como hace nueve años, cuando nos conocimos en el plató de Schmidt. Nunca antes había visto a una mujer tan excitante. Susanna, si lees esto, lo cual supongo que no harás porque mi trabajo no te interesa especialmente, pues que lo sepas, es verdad: ¡nunca, en mi vida! Quería tocarte y besarte y saberlo todo sobre ti, quería pasar mi vida contigo.

Y yo, dijo ella anoche sentada a la mesa, nunca me habría imaginado gritarte por unos pañales o pelearme contigo por cuánto había que pagar a las canguros.

Pero probablemente esto sea lo normal, dije yo, porque no se me ocurría otra cosa que decir.

El curso natural de las cosas, dijo ella, y a continuación añadió algo en latín que empezaba con *Nihil toto* o algo parecido y que yo no comprendí, lo cual me irritó pero no dejé que se me notara.

Ovidio, dijo ella. Palabras en realidad de Heráclito, pero Ovidio se las atribuye a Pitágoras: No hay nada en el mundo que permanezca igual.

Intenté reflexionar sobre las sabias palabras de Heráclito, pero me resultaba difícil, porque a mí la cita más que nada me recordaba que ella había ido a la universidad y yo no. Pero en ese momento casi daba igual.

Y así rememoramos juntos cómo habían sido las cosas cuando nos conocimos: todo como siempre, todo como si fuera la primera vez, velas y copas estrechas y este bar y el otro, un cine, un teatro, por fin tu piso y luego mi piso y luego otra vez el tuyo; todo como siempre, todo como nunca antes.

No puedo olvidarme del papel para Brent Kent. Schmidt está fuera de sí de alegría de que haya aceptado. Así que tiene que haber un americano. Solo espero que no doblen a Kent. Un personaje doblado, con movimientos de labios que no coinciden con las palabras, en medio de gente que no está doblada, eso no funciona. Eso me lo tiene que prometer Schmidt. Kent podría ser un empleado del IRS, colega de Martin, de Illinois.

¿Por qué Illinois?

Por qué no.

Por aquel entonces me costaba creer que aquella actriz bella, famosa, misteriosa, pudiera elegirme precisamente a mí. Naturalmente, tampoco yo era un desconocido. Todos esperaban a que diera el paso de escribir a dirigir mi primera película. Esa suele ser generalmente la trayectoria que toma la carrera de un guionista de éxito.

Bueno, pues en mi caso no fue precisamente así.

Pero anoche, sentados hasta las dos de la madrugada a la gran mesa de la sala de estar, con la pantalla del monitor para el bebé a nuestro lado –que en realidad ya no necesitamos porque la peque ya no es un bebé y puede venir a buscarnos si tiene miedo–, estuvimos hablando y hablando, y a veces el teléfono de ella zumbaba bajito como si estuviese hablando consigo mismo, y en el valle brillaban tenuemente las luces hasta que se fueron apagando una tras otra, y entonces nos fuimos a la cama como en nuestros mejores días.

Ella y Martin por la mañana temprano. Ella está dormida, él la está mirando, de repente ella se mueve. Se despierta y él cierra rápidamente los ojos. Ella le mira, luego recorre la habitación con la mirada. Su ropa está desparramada por el suelo, la de él bien doblada sobre la silla, la corbata encima del todo. Pasan unos minutos. Finalmente él se mueve,

finge despertarse. Pero ella ya ha vuelto a cerrar los ojos. Él la mira perplejo, intranquilo, y vuelve a cerrar los ojos. Así permanecen uno junto al otro, haciéndose los dormidos. Lento fundido en negro.

No comprendo cómo, después de una velada tan agradable, pude tener un sueño así.

Un cuarto vacío. Una bombilla desnuda en el techo, en un rincón una silla con solo tres patas, una de ellas rota. La puerta cerrada, ¿de qué tenía miedo?

De la mujer. Sus ojos muy juntos a ambos lados de un puente nasal surcado por una arruga profunda. También tenía la frente llena de arrugas, y sus labios estaban algo entreabiertos, de modo que se le veían los dientes, amarillentos como los de los fumadores empedernidos. Pero lo peor de todo eran los ojos.

Estaba allí de pie, mientras mi miedo aumentaba hasta lo insoportable. Yo temblaba, me costaba respirar, me lagrimeaban los ojos, las piernas me flaqueaban… Eso, naturalmente, no le pasó de verdad a mi cuerpo; ¿podría ser entonces que yo en realidad no tuviera miedo, que se tratara solo de mi yo del sueño, del mismo modo que solo me temblaban las manos en el sueño? Pero no, el miedo era tan real como pueda serlo el miedo, y quemaba ardiente dentro de mí, y cuando se volvió del todo insoportable, la mujer retrocedió un paso, como si me estuviera liberando, y solo entonces volví a encontrarme en nuestro dormitorio y oí la respiración apacible de Susanna y vi la luz de la luna cayendo suavemente a través de la ventana y el monitor que mostraba a nuestra hija durmiendo profundamente.

El desayuno: hierba luminosa y sol aún más luminoso, ninguna nube, en lo alto pájaros cuyos nombres desconozco; siempre me ha dado pena no saber el nombre de los pájaros. Cómo se dejan llevar por el viento, sin el menor esfuerzo, como si volar fuera lo normal, como si costara mucho trabajo quedarse en el suelo.

Ahora Susanna le está leyendo a Esther por enésima vez el libro del ratón y la luna de queso, la peque se ríe y palmotea, y yo termino rápido de escribir antes de salir. Nuestras provisiones se están agotando, uno de los dos tiene que bajar al pueblo, y me he ofrecido yo. Vete. Susanna me ha dado las gracias y me ha tomado de la mano, y yo la he mirado a los ojos. No son realmente azules, más bien turquesa, salpicados de negro.

¿Me leerás tus nuevas escenas?

Pero si en realidad no te apetece…

No seas tan susceptible. Claro que me apetece.

Todavía no tengo mucho escrito.

Acabo de caer en la cuenta de por qué me suena la mujer terrorífica. La he visto en una foto que hay en la pared del cuarto de la colada, justo a la derecha de la lavadora Miele, ya el primer día me llamó la atención. Pero de ahí a tener pesadillas, me parece demasiado.

Casi todo el mundo se considera buen conductor. Pues yo no. Soy torpe y distraído, y lento de reflejos. Siempre que conduzco, incluso en las mejores circunstancias, tengo la sensación de estar cometiendo una temeridad. Así que no es de extrañar que en una carretera estrecha y llena de curvas cerradísimas me invada el pánico.

Y no me extraña: hay que estar totalmente desprovisto de imaginación para sentarse sin miedo dentro de una cápsula llena de combustible. Solo un momento antes estabas inmerso en lo cotidiano, pensando en la cena y en la declaración de la renta, y de pronto estás atrapado en un amasijo de metal deformado mientras te devoran las llamas, y entre una situación y la otra solo hay un giro torpe de volante, medio segundo de descuido. Pero no quería quedar como alguien incapaz de lidiar con el día a día. La gente simplemente ha acordado que conducir es algo inocuo.

Miré por el retrovisor cómo Esther y Susanna se iban

empequeñeciendo, el aparcamiento delante de nuestra casa retrocedió, y entonces la primera curva cerrada me alejó de allí. El sol resultaba cegador y el valle se desplazaba velozmente desde mi costado izquierdo a mi costado derecho y, en la siguiente curva cerrada, de nuevo otra vez. Empecé a sudar.

En la siguiente curva el coche se deslizó demasiado hacia fuera, frené, se detuvo justo a tiempo. ¿Iba demasiado cerca del borde? No había quitamiedos. Metí la marcha atrás, retrocedí, arranqué lentamente. Menos mal que no me veía nadie. La curva siguiente era tan cerrada como la anterior, el valle se balanceó de mi lado derecho a mi lado izquierdo, otra vez frené, me detuve y volví a arrancar, intenté mantenerme a la derecha de la línea central, pero en la curva siguiente volví a fallar. Conduce despacio, pensé, no hay prisa, se trata de sobrevivir. El sol era cegador. Me corría el sudor por la cara. La curva siguiente fue más o menos bien, y reparé en un viejo granero al borde de la carretera, con el tejado hundido, agujeros negros por ventanas, pero ya me había distraído demasiado y el precipicio se acercó tanto que pegué un grito. Frené con todas mis fuerzas, y a continuación volví a arrancar.

Treinta minutos más tarde llegué al pueblo. Solo hay una calle y una tienda, el colmado Gruntner, enfrente de la iglesia. Me quedé unos momentos en el coche con las manos temblorosas, escuchando mi corazón, cómo el tamborileo se iba apaciguando lentamente.

No es un pueblo bonito. Las casas son bajas y como encorvadas. Los tejados son puntiagudos, las ventanas diminutas, muros grises, enyesado con desconchones, una parada de autobús bajo una marquesina deslucida, raíles pero ninguna estación de tren, porque aquí no para el tren.

Un campanilleo me anunció cuando entré en la tienda: un cuarto pequeño con mostrador y caja registradora. Tras unos segundos se abrió una puerta y un hombre gordo con bolsas bajo los ojos entró arrastrando los pies. Parecía como si su cara hubiera sido moldeada en masa roja. Se apoyó en el mostrador y me examinó.

Yo saludé y saqué la lista de la compra. Mantequilla, dije, pan y…

Me cortó alzando la mano y salió. Le oí rebuscando y tosiendo. Después de una eternidad regresó y puso sobre el mostrador un pedazo de mantequilla envuelto en papel de aluminio.

Y pan, dije. Y huevos y…

Salió. Escuché. Estaba rebuscando. Algo cayó al suelo. Él maldijo en voz baja, después se puso a toser. Finalmente regresó con una hogaza de pan amorfa.

Cerré los ojos y dije: Huevos. De nuevo oí la puerta, luego su tos desde la habitación contigua. Miré la hora en el teléfono. Ya llevaba ahí quince minutos.

Elemento a elemento, fuimos recorriendo la lista. Él iba a por cada cosa de una en una, y a pesar de que eran alimentos de lo más corriente, tardaba tanto buscando algunos que parecía que nunca nadie se los hubiera pedido antes. Trajo una salchicha envuelta en plástico y un par de manzanas arrugadas y dos plátanos con muchas manchas negras y café molido y filtros para el café, y leche, y finalmente dije: Gracias, eso es todo.

Él asintió, señaló un punto por encima de mi cabeza y preguntó: ¿Vivís ahí arriba?

Necesité un momento para comprender que el gesto se refería a nuestra casa de vacaciones. Decidido a igualarle en comunicación monosilábica, asentí.

Ah, dijo él.

Sí, dije yo.

Vaya, dijo él.

Pues sí, dije yo.

¿Ha pasado algo ya?

¿Cómo?

Él calló.

¿Qué tenía que pasar?

¿La habéis alquilado?

Asentí.

¿A Steller?

¿Es el propietario?

Steller, dijo él.

¿Así es como se llama el propietario?

Pues claro, Steller, dijo en un tono como si fuera imposible que en el mundo existieran personas para quienes ese nombre no significara nada.

No sé cómo se llama, dije yo. Hemos alquilado por Airbnb. Noté su mirada y añadí: Por internet.

Se abrió la puerta de la calle y entró una mujer tan baja que apenas me llegaba al pecho. Tenía el pelo corto y blanco y llevaba unas gafas de sol enormes.

Buenos días nos dé Dios, dijo él… o algo por el estilo, no lo entendí bien, porque al momento se puso a hablar en dialecto. Fehringer tiene que interpretarle, pensé. Todo esto lo puedo utilizar, ¡y Fehringer sería perfecto!

Buenos días nos dé, dijo ella, o algo parecido. Y luego se puso a hablar un rato en dialecto.

Cuando terminó, él asintió, dijo: Sí, eso es verdad, o algo parecido, y salió arrastrando los pies.

Lo oímos rebuscando.

La mujer dijo algo sin mirarme. Puesto que no había nadie más allí, tuve que suponer que me había hablado a mí.

¿Cómo dice?

Ella volvió a decir algo.

¿Cómo dice?

Calló.

Se abrió la puerta, y el hombre volvió a entrar. Tenía la cara todavía más roja y respiraba con dificultad. En la mano llevaba un paquetito de mantequilla envuelto en papel de aluminio. La mujer lo cogió. Él dijo algo, ella respondió, los dos se rieron. Ella abandonó la tienda, sin pagar.

Así que no le habéis visto, dijo él.

No le entendí de inmediato. No, dije a continuación. Por internet. Nunca hemos visto a Steller.

¿Nunca?

Nunca, dije.

Escribió un número en una hoja de papel timbrado y me la dio diciendo: Cuarenta y siete con treinta.

Me guardé la cuenta, saqué la cartera y le di un billete de cincuenta que él, suspirando, se metió en el bolsillo del pantalón. No tocó la caja registradora. No parecía tener intención de darme el cambio.

¿Y cómo es ese tal Steller?, pregunté.

Ya casi nunca viene por aquí. Por eso lo decía. Por si le conocéis. Pero ya casi nunca viene por aquí.

¿Dónde vive?

Se encogió de hombros. Ya casi nunca viene por aquí.

La casa es nueva, ¿verdad?

Él se rio y empezó a meter mi compra en una bolsa de plástico.

Bueno, no puede tener más de diez años, dije.

Es un regalo, dijo, y puso algo delante de mí. Era una pequeña escuadra de plástico transparente, como las que yo usaba de niño, en la escuela.

Gracias, dije, pero nuestra hija es todavía demasiado pequeña para…

Prueba el ángulo recto, dijo. ¡Cuatro años!

¿Se refiere a que la casa se construyó hace cuatro años? Poco a poco me iba a acostumbrando a su forma de hablar.

Pero antes había allí otra casa.

¿En el mismo sitio?

Él asintió. Steller la compró y la derribó y se hizo una nueva. ¿Pagáis mucho?

Bueno, sí, dije.

¿Cuánto pagáis?

Mucho, dije, tomé la bolsa y me giré hacia la puerta.

¿Y la carretera?

Demasiado empinada, dije. Es muy peligrosa. Me pregunto por qué no han puesto quitamiedos.

Menos mal que no venía nadie en dirección contraria.

¿Y usted cómo lo sabe?

Sonrió.

Entonces lo entendí. La carretera solo lleva allí, ¿verdad? ¡Solo a nuestra casa!

Sonrió.

¿Qué había allí antes? Antes de la casa vieja que había antes de la nueva, ¿qué había allí?

Guardó silencio, y no quedó claro si no decía nada porque no sabía la respuesta o si por alguna razón no quería responder.

Adiós, dije, y, tras un momento de vacilación, salí.

Al lado de mi coche se encontraba la mujer que justo antes había estado en la tienda. Debido a las gafas oscuras, no podía determinar hacia dónde miraba.

¿Cree usted que va a nevar?

Ella no respondió.

Aunque está haciendo demasiado calor para esta época, dije yo. En diciembre ya debería haber nieve, ¿no?

Marchaos deprisa, dijo ella.

¿Qué?

Rápido, dijo. Marchaos deprisa.

De pronto ya no estaba seguro de que no hubiera dicho algo totalmente diferente, o de si simplemente se había aclarado la garganta, ¡cómo iba a saberlo, con ese dialecto! Esperé, pero no dijo nada más. Veía mi reflejo en los cristales de sus gafas. Me despedí con un gesto de la cabeza, subí al coche y arranqué.

La subida no era tan horrible como la bajada. El sol asomaba aún a medias por detrás de la cima rocosa entre los glaciares, el corto día de invierno tocaba a su fin, el valle estaba en sombras pero más arriba las verdes laderas todavía brillaban. Observé cosas que no había visto antes: un montón de piedras al lado del granero abandonado, un tractor oxidado, la sombra alargada que el coche proyectaba en la carretera delante de mí. Una bandada de pajarillos salió aleteando de un matorral como una explosión, sus cuerpos se elevaron, fueron atrapados por el viento, se alejaron formando remolinos. Una nube refulgió en un vibrante color anaranjado. Poco después llegué a la casa, guardé la compra en el frigorífico y me senté a la mesa a escribir.

Jana entra en la tienda. Fehringer está sentado detrás del mostrador. Ella saca la lista de la compra.

**J:** Mantequilla, huevos, pan…

**F:** Usted no es de aquí.

No, está claro que él la tutea. Y tiene que ser más seco.

**F:** Tú no eres de aquí.

Una constatación hastiada. No un reproche, ni una pregunta. Vete. Lo dice como un lamentable hecho cósmico, algo sobre lo que no hay nada que hacer. Luego suelta un gruñido y sale.

La cara de Jana en primer plano.

Vuelve a pasar.

Tiene que ser una ilusión óptica

Pero no cesa. Lo veo. Y lo sigo viendo. Escríbelo. Tengo que fotografiarlo pero no sé dónde está mi móvil

Así que: Estoy sentado a la gran mesa, fuera está oscureciendo, el cristal refleja muy nítidamente la habitación: frigorífico, horno, mesa de la cocina, la puerta que da al pasillo, el televisor de pantalla plana, el sofá bajo de un verde grisáceo, la lámpara encima de la mesa, la propia mesa, la silla delante. También veo la bolsa de plástico en la que estaban las compras, arrugada sobre la mesa de la cocina. Veo un vaso vacío al lado de la bolsa arrugada, aquí en la habitación, allí en la imagen reflejada.

Pero no me veo a mí mismo. En la habitación de la imagen reflejada no hay nadie.

Lentamente, mira bien. Si miras con atención y lo anotas todo, vas a

No debería poder ver el picaporte de la puerta de la sala de estar, estoy sentado entre ella y la ventana, debería estar tapada por mi cuerpo, ¡pero ahí está! También se ve el respaldo de mi silla, y la mesa en la que estoy apoyado. Y el cuaderno abierto sobre la mesa. Pongo la mano encima. Ahora ya no debería verse. Pero sigo viéndolo entero. En

la habitación que refleja el cristal no hay ningún ser humano. Como anteayer. Pero anteayer fue solo un momento. Ahora dura.

Sigue durando.

Sigue.

Ha parado. Me he levantado para traer el teléfono y fotografiarlo, para lo cual desvié la mirada un instante, y cuando volví a mirar al espejo yo estaba en la habitación. Me he sentado, y mi reflejo ha hecho lo mismo. He escrito: Ha parado. Estoy aquí sentado, escribiendo, y allí también estoy sentado y escribiendo. Tiene que haber una explicación. Si fuera un físico probablemente la conocería y nada de esto me extrañaría. Pero estoy mareado. Aunque acaba de ocurrir, me da la impresión de que pasó hace ya mucho y sé que dentro de nada no estaré seguro de si ocurrió realmente. Escríbelo para que te acuerdes, para que nunca puedas afirmar que solo fue tu imaginación.

Pero incluso mientras lo escribo, ya estoy pensando que tiene que haber sido mi imaginación.

En el coche Ella, alegre y relajada, está silbando. Música por la radio del coche. Suena el teléfono, ella pulsa una tecla, oímos la voz del que llama, Martin.

**M:** ¿Cuándo vienes?

**E:** Estoy llegando.

**M:** ¿Cuándo estarás aquí?

**E:** Enseguida.

**M:** Sí, pero eso ¿cuándo es? ¿Qué es enseguida?

La expresión de ella se vuelve sombría. Apaga la música.

**E:** ¡Enseguida quiere decir enseguida!

**M:** ¿Dónde estás exactamente?

**E:** En el coche.

**M:** ¿Y dónde está el coche?

**E:** En la calle.

**M:** Eso ya lo supongo, pero ¿en qué calle y dónde exactamente?

**E** *(muy irritada)***:** Eso es difícil de responder, el coche se está moviendo, así que técnicamente siempre está en un lugar diferente.

**M:** Ah, ¡no me digas que técnicamente siempre está en un lugar diferente!

**E:** ¿Así es como le hablas a la gente a la que le haces una inspección?

**M:** ¿Qué?

**E:** Que si así es como le hablas a la gente…

**M:** Si quieres saber si también le hablo así a la gente a la que le hago una inspección fiscal, la respuesta es no, y eso es así porque yo no hago inspecciones fiscales. Como ya deberías saber, yo estoy en el departamento de revisiones.

**E:** El departamento de revisiones…

**M:** Exacto. Ante el cual se puede formular una reclamación. Por ejemplo, si te estuviéramos inspeccionando a ti…

**E:** ¿Eso es una amenaza?

**M:** ¡Ella!

**E:** ¿Me estás amenazando con una inspección de Hacienda?

**M:** No me des ideas, pero

No puede ser verdad. Simplemente no puede ser.

Como aquel sueño no dejaba de atormentarme, me acordé de la foto de la mujer de los ojos muy juntos, la del cuarto de la colada, y quise verla otra vez, así que fui y… ¡no estaba!

Siempre había pensado que la frase de que el miedo pone los pelos de punta era solo una expresión. Pero la sensación fue justo esa. La foto no está, a pesar de que mi memoria me indica claramente que debería estar. Y no solo no hay ninguna foto al lado de la lavadora, tampoco hay un clavo en la pared, ni siquiera el agujero de un clavo. Y tampoco

hay ningún otro cuadro colgado en ningún lugar del cuarto, ni tampoco en el pasillo de delante, ni, ahora que lo pienso, en ningún lugar de la casa. En todas partes, paredes blancas, ninguna foto, ninguna pintura.

**M:** No me des ideas, pero bromas aparte…

**E:** ¿De verdad acabas de decir «bromas aparte»?

**M:** Yo no podría hacerte una inspección, pero…

**E:** ¡No me vuelvas a dar un susto así!

**M:**… ¿por qué sería eso tan terrible para ti?

**E:** ¿Que por qué una inspección de Hacienda sería tan terrible para mí?

**M:** Si solo es una inspección. Como un control de tráfico. Cuando uno no tiene nada que esconder…

**E:** ¿Qué me estás diciendo?

**M:** Nada, solo que me extraña.

**E:** ¿Te extraña?

**M:** Sí, me extraña.

No hay estrellas, tampoco luces en el valle. Solo un tren que avanza parpadeante. Susanna ya se ha ido a la cama.

Durante la cena me ha preguntado dos veces qué me pasa, pero ¿qué podía decirle? Así que he dicho: Qué me va a pasar, y como ella me ha lanzado una mirada tan crítica, he añadido: ¿Qué es lo que te pasa a ti?, a lo que ella ha respondido: A mí nada, ¡pero tú estás muy raro! Y como yo no soporto ese tono, le he dicho: ¡No, la que está rara eres tú!

A todo esto, Esther nos estaba hablando sobre una amiga de la guardería que se llamaba Lisi o Ilse o Else y que le había quitado un juguete o le había regalado uno, y que las maestras no habían hecho nada o habían hecho lo que era correcto o bien algo equivocado, los niños pequeños no son buenos narradores. Pero Susanna y yo exclamamos ¡Fantástico! e ¡Increíble! e ¡Impresionante!, y el alivio que sentimos cuando por fin se calló sirvió para unirnos.

Luego llevé en brazos a Esther arriba, y por unos momentos tuve problemas con la bañera: cuando fui a girar el grifo estaba… ¿cómo describirlo? Estaba más atrás de lo que se suponía que debía estar. Extendí el brazo y sin embargo mi mano, que debería tocar el grifo puesto que solo se encontraba a unos veinte centímetros de mis ojos, mi mano seguía estando *delante* del grifo; no podía alcanzarlo. Esther se reía. Cerré los ojos, respiré profundamente, volví a abrir los ojos, y ahora sí lo conseguí: hice caer el agua en la bañera oval de diseño y escuché el sonido rotundo del chorro, mientras Esther me explicaba algo sobre el oso Fozzie de *Los Teleñecos* o sobre Bob Esponja. ¿De verdad?, exclamé yo, y ¡Oh! y ¡Ah!, luego la metí en el agua y la bañé y la volví a sacar y la sequé, secándole también los oídos con la punta de la toalla, no porque fuera necesario sino porque a ella le gustaba, y mientras ella hablaba y hablaba le puse el pijama de colores, el que más le gusta de todos porque tiene dinosaurios, y la llevé por el pasillo hasta su habitación con círculos verdes y violetas en la pared y con el osito de peluche que se veía claramente que era nuevo sobre la estantería, y que o bien se le había olvidado a otro inquilino, o bien el atento señor Steller había puesto allí. Hasta entonces a Esther todo le había parecido muy bonito, pero esa noche ya no le gustaba.

Por qué no, pregunté, ¿qué te molesta?

No quiero estar aquí sola.

Pero si estamos al lado. Te oímos. Hasta tenemos esto aquí. Señalé la cámara del monitor. Aquí no estás sola.

Sola en la habitación.

¿Y qué?

Cuando estás solo en una habitación… Reflexionó. Entonces todo es diferente.

¿De qué manera?

Cuando hablas, solo tú te oyes.

¿Y?

¡Eso es raro!

Algo de aquello parecía tener sentido pero no tenía tiempo de profundizar en ello, así que la arropé con cuidado y atenué la luz con el

regulador hasta convertirla en un débil resplandor.

Si tuvieras otro hijo…, dijo Esther.

¿Sí?

Lo querrías exactamente como a mí.

Pero no tengo otro hijo.

Eso le dirías al otro hijo.

Tomé un libro ilustrado, el excitante viaje de Hugo el ciempiés a Dios sabe dónde. Leí un rato, pero ella todavía parecía distraída.

¿Qué pasa?

Sueños feos, dijo ella.

No vas a tener sueños feos.

Sí, sí.

Pero mientras le seguía leyendo se relajó y sonrió. Unos minutos más tarde estaba dormida. Le di cuidadosamente un beso en la frente.

Cuando entré en la sala de estar, Susanna estaba hablando por teléfono. Colgó y dijo, preocupada, que necesitaba un agente mejor.

Sí, dije yo, es verdad. Sabía que nunca dejaría a su agente, pero también que nunca dejaría de quejarse de él. La triste verdad es (y solo lo puedo decir porque sé que ella nunca leerá esto) que cuando una actriz pasa de los cuarenta, los papeles escasean. Algunas logran continuar. Pero la mayoría no.

Afortunadamente, dejó el tema y hablamos de las cosas de las que siempre hay que hablar cuando una pareja está educando a un hijo: la nueva maestra de la guardería, que no nos gusta a ninguno de los dos, y el padre de Susanna, que quiere que vayamos a visitarle, y mi padre, que quiere que le dejemos en paz a pesar de que poco a poco va necesitando ayuda, y su amiga Sigrid, que se divorcia, lo cual a ambos nos parece un error. A continuación nos callamos y le tomé la mano, pero ella dijo: Hoy no, estoy cansada. Y yo dije: Sí, es por el aire de montaña, yo también estoy cansado.

Ella en el coche. Apaga el manos libres después de la pelea. Luego frena, se acerca al bordillo y da media vuelta. Vete lejos vete lejos vete

lejos vete antes de que vete lejos sea tarde vete

Jana en su piso nuevo sentada en el sofá, Ella irrumpe en la estancia. Jana levanta la vista del portátil.

**E:** No te puedes imaginar lo que me acaba de…

**J** *(adormilada)***:** Cuéntame.

**E:** Primero me pregunta que dónde estoy y yo le contesto

*5 de diciembre*

Susanna y Esther siguen durmiendo. Estoy solo en el cuarto de estar. El sol está a punto de salir. ¿De dónde me vienen esos sueños?

Inténtalo. Paso a paso.

Me tiemblan las manos.

Otra vez la habitación vacía, la bombilla en el techo, sin ventana. No, sí que hay una ventana, pequeña, con rejas. Mentira, no hay ventana. Pero en el rincón la silla con la pata rota. Y la mujer de los ojos muy juntos. No, no era ella. O, mejor dicho: sí era ella, brevemente, luego era Susanna. Salí corriendo por la puerta, enfilé por el pasillo y no encontraba el interruptor, y a la vez pensé con total claridad que al fin y al cabo en un sueño no se necesita luz. Lo único que quería era salir. Alejarme. Estaba tan desesperado por alejarme que iba hablando solo: Vete lejos, vete lejos, vete lejos, vete lejos. Y la mujer de los ojos muy juntos, pues ahora era ella otra vez, estaba a mi lado y yo pensé: No la mires.

Luego abrí bruscamente la puerta y me encontré fuera, en el frío. Sentí la hierba bajo mis pies descalzos, y el viento me hizo tanto daño en la cara que me desperté.

Susanna dormía a mi lado, la pantalla del monitor mostraba a nuestra hija. Estaba incorporada y miraba a la cámara, sus ojos lanzaban destellos blancos.

A la vez, sin embargo, seguía notando la hierba bajo mis pies y el viento en la cara, ya que mientras estaba tumbado en la cama estaba al mismo tiempo fuera, aterido y buscando a tientas el pomo de la puerta, y eso no seguía siendo una parte del sueño, estaba sucediendo de verdad. Encontré el pomo, pero la cerradura estaba bloqueada, me había quedado fuera.

Apenas podía respirar. Sentí que podía morir congelado. Tenía que

hacer algo rápidamente para acceder al calor de la casa, y había una solución sencilla: me levanté de la cama. Evité mirar otra vez la pantalla y salí corriendo por el pasillo, pasando por delante de la habitación de la niña. Busqué un interruptor, ahora sí lo necesitaba, ya que estaba despierto y podía hacerme daño porque la barandilla de la escalera era demasiado baja, pero no lo encontré, así que solo podía ir avanzando a tientas lentamente, de modo que fuera seguía doblado por el frío. Daba palmadas y saltitos, pero el viento me mordía la piel, todo se volvió negro, y aun así, cuando por fin llegué a la puerta, comprendí claramente que no debía abrir. Simplemente no debía ocurrir que yo me viera a mí mismo a la cara, desde dentro y desde fuera, a ambos lados de la puerta, eso no debía ocurrir. Retrocedí, y aparentemente hice lo correcto, pues sentí cómo todo volvía a colocarse en su sitio; otra vez estaba tumbado en la cama, Susanna murmuraba algo en sueños, el monitor mostraba a mi hija durmiendo profundamente.

Entonces ¿por qué estoy tan intranquilo? ¿Por qué me tiemblan tanto las manos que mi letra se vuelve indescifrable, por qué estas palpitaciones, y por qué sigo teniendo tanto frío?

En las películas, a veces alguien se da cuenta de que las cosas terribles solo eran un sueño, yo mismo usé ese truco en *Lola y el tío*, pero la verdad es: cuando uno está despierto, uno sabe que está despierto. «¿Estoy soñando?» no es una pregunta que alguien se formule seriamente. Yo sé que no he soñado.

Pero tengo que haberlo soñado.

Tres actos. En el primero, Jana abandona la casa de Ella y tiene que arreglárselas sola, mientras que Ella convive por primera vez en su vida con un hombre.

En el segundo Ella aprende

El sol se pone. Los cortos días de invierno en las montañas. Acabamos de volver después de pasar todo el día fuera.

Ya de antemano me parecía que una caminata no iba a ser buena idea. En la larguísima lista de cosas que no deben hacerse con un hijo de cuatro años, las caminatas ocupan un puesto muy alto. Pero a Susanna se le había metido en la cabeza.

¿Estás segura, de verdad?

Mira, ¡si de ti dependiera, no saldríamos nunca de la casa!

De modo que después del desayuno nos pusimos los plumíferos y metimos a la peque dentro de la mochila que Susanna había comprado para excursiones así, y salimos a caminar.

Íbamos callados y abatidos. La densa y húmeda niebla no se quería despejar, la hierba parecía descolorida, y el opresivo silencio no se rompió ni un momento. Así pasaron dos horas. Tal vez fueran tres. Tal vez solo una. Solo se oía el parloteo incesante de Eshter. Cuando la escuché brevemente, estaba hablando sobre un zorro y una liebre y un señor Mulz o Milz o Malz.

Le pregunté a Susanna si había hablado alguna vez con el propietario de la casa.

Solo por e-mail, dijo mientras tecleaba algo en su teléfono. Solo un par de líneas. Fue muy amable. ¿Por qué? ¿Es que tienes algo que objetar? ¡La casa es preciosa!

Sí, dije yo, nada que objetar.

Caminamos durante un rato en silencio. Hasta la niña había dejado de hablar.

Ahora que lo mencionas, dijo Susanna, me he encontrado pensando varias veces en esa película. Esa que es bastante buena y está basada en un libro no tan bueno.

¿Qué película?

Esa de las tomas con Steadicam.

Ah, ya, dije, con Steadicam. Me fastidió no saber qué era una Steadicam. Yo era autor, no cámara, y no tenía nada que ver con la parte técnica. Pero seguía resultando embarazoso. ¿Y qué película es?

Da igual, dijo ella. No tiene importancia.

Bueno, ¡pero dime cuál es!

De verdad que no tiene importancia.

¿Y por qué empiezas a hablar de eso si de verdad no tiene importancia?

Ah, ¿así que ahora solo se puede hablar de cosas importantes? ¿Y si no hay que estarse callado? ¿Como en un monasterio?

Ahora estábamos los dos enojados y ni siquiera sabíamos por qué.

De todos modos, sí que hay algo que no está bien, dijo ella. Con la casa.

Me detuve.

Es difícil de explicar, continuó. La atmósfera. Algo no está bien. Yo no duermo bien. Y tengo pesadillas, muy extrañas. Como cuando tienes fiebre. Esta noche, por ejemplo, estábamos los dos en ese cuarto pequeño y tú…

Esther me pellizcó la oreja, y me asusté tanto que pegué un grito. La niña se puso a llorar y Susanna empezó a hacerme reproches: que cómo podía ser tan desconsiderado, que qué me pasaba.

¿Qué es lo que ocurría?, pregunté. En tu sueño, ¡dímelo, por favor!

No, dijo. No hay nada más aburrido que hablar de sueños, y además ya casi no me acuerdo.

¿Qué soñaste?, grité.

No soporto que te pongas tan obsesivo.

Seguimos caminando en silencio. Yo ya no tenía ganas de hablar y Susanna tecleaba malhumorada en su móvil. Esther se había dormido. Me dolían los hombros por el peso. Empezó a lloviznar.

¿Nos marchamos?, le pregunté.

Ahora fue Susanna quien se detuvo. Nos miramos. La lluvia nos caía por los hombros. Se acercó a mí y me abrazó.

Vámonos hoy, le dije.

Sí, dijo ella. Ni una noche más aquí.

Ni una noche más.

Yo pensaba que tú te sentías muy bien trabajando aquí. ¡Que por fin estabas avanzando con el guion, porque escribías sin parar en tu cuaderno!

Y yo pensaba que vosotras estabais muy bien aquí.

No lo estamos.

En el camino de vuelta dejó de llover, la niebla se despejó y las montañas se alzaron majestuosas contra el cielo. Casi daban ganas de quedarse.

Ahora está arriba haciendo la maleta. Y yo escribo por última vez en esta mesa, delante de esta ventana, frente a mi imagen en el cristal, que apenas me atrevo a mirar por si vuelve a desaparecer.

En el fondo apenas ha pasado nada: imaginaciones, pesadillas, algunas reflexiones extrañas. Pero está decidido: nos marchamos.

Esther está sentada en el suelo a mi lado, montando Legos y diciendo una y otra vez: Mira, papá, mira, y yo le digo: Uy, sí, qué maravilla, sin tener ni idea de a qué se refiere. Por desgracia, hemos pagado por adelantado, y no hay defectos por los que podamos exigir una devolución. Al contrario: la casa está en óptimas condiciones.

Aun así, voy a llamar ahora a ese tal Steller. Me gustaría saber quién es la mujer de

Ahora lo he

Lo tengo que escribir

Pero deprisa, antes de

El móvil de Susanna, estaba a mi lado encima de la mesa, y yo quería, porque ella dijo que tenía guardado el número de Steller, o al menos eso creo, y justo cuando

Justo cuando lo cogí, un mensaje, iluminando la pantalla. No pude evitar

*Quiero volver a tocarte.*

Y pienso lo que uno siempre piensa, que esto tendrá una explicación completamente inofensiva, que a lo mejor es una broma, o está sacado de contexto, o es un error, que iba dirigido a otro destinatario, y yo cojo el teléfono y oigo a Susanna en el piso de arriba, yendo de aquí

para allá, y Esther me tira de la pernera del pantalón y yo grito: ¡Ahora no!, y veo que el mensaje es de un tal David, sin apellido, ahí solo pone David, y yo no conozco a ningún David así que abro el registro de mensajes y miro si

Yo
me pongo a copiarlos. Los mensajes de ella
y de él. No quiero que ella se entere

*Cuánto tiempo vas a seguir fuera? Me parece una eternidad*
*hasta tenerte en mis*
*Quiero estar dentro de ti*
*Y tú? Piensas en mí y en cómo*

No puedo
No puedo copiarlos.
Yo

*Te echo tanto de menos.*
*Te añoro tanto que me estoy volviendo loco quiero*
*sentir cómo*
*Ahora no puedo. Ya sabes, la niña*
*Te quiero como*

No, no puedo
Ya basta. No hay nada inofensivo en esto
Estoy temblando como
Esto no lo puedo copiar.
Pero no debo dejar que se me note, quiero averiguar

No sé qué hora es. Tengo que recobrar la compostura, tengo que recobrar la compostura. Escribir ayuda. Tengo que recobrar la compostura, porque Susanna se ha ido. Esther está durmiendo arriba. ¿Qué voy a hacer mañana cuando se despierte, qué hago, qué le digo?

No lo he conseguido. Quería guardármelo para mí, y observarla y averiguar cuán profundo era su engaño. Quería mirarla mientras me mentía, y así reflexionar y tratar de comprender. Quería controlarme. Al principio fue bien.

Pero solo durante tres minutos.

Bajó las escaleras, peló una manzana para Esther y dijo: Por favor, saca las maletas y ya nos podemos ir. Voy a recoger los juguetes que quedan por aquí.

Ahora lo hago, dije.

Y ella: ¿Qué te pasa?

Yo dije: Nada, ¿por qué?

A lo que ella repuso que estaba claro que pasaba algo.

Y yo: ¡Qué tontería!

Y ella: ¡Dilo ya!

Entonces fue cuando me puse a gritar. Al menos yo creía gritar, aunque poco a poco me vino la sospecha de que mi voz solo era un graznido. En cuanto empecé a vociferar, ella agarró su móvil de la mesa con un rápido movimiento. Da igual que lo cojas, grité o grazné mientras Esther me miraba fijamente, porque tengo escritos todos los mensajes en mi cuaderno. ¿Quién es ese tal David, si se puede saber? Y a pesar de que traté de alejar el pensamiento con todas mis fuerzas, se me ocurrió que aquello me hacía sentir como si estuviera dentro de una de mis propias películas. Pero eso no lo hacía más soportable. En una película resulta gracioso cuando se desmorona una vida, porque mientras ocurre la gente dice frases ingeniosas, pero en la realidad es algo triste y repugnante. Que si quería negarlo, le grité, y solo cuando me miró muy seria y serena y dijo que de ninguna manera iba a negarlo, comprendí cuánto había esperado que lo hiciera.

Tranquilízate, dijo ella. Piensa en tu hija. Entonces levantó a Esther del suelo y dijo: ¡Hora de irse a la cama!

La pequeña empezó a lamentarse: que si todavía era de día, que no era tarde, que no quería acostarse aún, pero Susanna le dio un beso y se la llevó de la habitación.

Me quedé inmóvil. No lograba pensar, no tenía fuerzas. Oía a

Susanna caminando de aquí para allá en el piso de arriba, hablando de forma tranquila y maternal con Esther.

Abrí el cuaderno. Leí los mensajes, los fragmentos de mensajes, las frases terribles que había copiado, y mientras lo hacía algo que estaba encima de la mesa giró entre mis dedos: era la escuadra de la tienda del pueblo. Oí a Susanna arriba cantando una nana. Como la inactividad era insoportable, pasé a una página nueva y tracé una línea recta. Giré la regla y tracé cuidadosamente una segunda, en ángulo recto. Coloqué la escuadra para dividir en dos el ángulo recto, y tracé una tercera línea.

El resultado quedó extraño.

Comprobé las medidas. El ángulo de debajo de la raya divisoria era de cuarenta, y el de arriba de cuarenta y dos grados. ¿Cómo era posible? Medí otra vez el ángulo recto: noventa grados, naturalmente. Medí los dos ángulos que lo componían: el de abajo medía cuarenta, el de arriba cuarenta y dos, así que debían faltar varios grados, pero no faltaban, el ángulo recto era un ángulo recto. Lo medí otra vez: noventa grados.

Debía de ser a causa de mi confusión mental, porque el mundo se estaba hundiendo. Y, sin embargo, no tenía sentido. Tracé cuidadosamente otro ángulo recto y lo medí: noventa grados. Dibujé otros dos ángulos rectos y completé la figura para formar un rectángulo. Tracé una diagonal. Dos ángulos del rectángulo estaban ahora perfectamente divididos en dos. Pero algo no cuadraba. No es que se vieran oblicuos; eran más bien imprecisos, mis ojos no lograban enfocarlos con nitidez. Puse la escuadra sobre la línea que dividía en dos el ángulo recto y medí el ángulo de abajo: cuarenta y nueve. Medí el de arriba: cincuenta y uno.

49
+ 51
——
100

Miré fijamente los dibujos. Resultaba irritante: si uno no se forzaba a fijar la vista, la mirada se deslizaba por sí sola por encima de ellos.

¡Una escuadra con truco, qué si no! La puse al contraluz y cerré un ojo. El ángulo recto no mostraba nada sospechoso y la numeración de los grados parecía normal, no faltaba ningún número. Por el rabillo del ojo noté que había alguien de pie en la puerta. Me sobresalté. Era Susanna. Por un momento me había olvidado de ella.

El teléfono, claro, dijo mientras colocaba el monitor sobre la mesa. Siempre que se descubre un engaño tiene que ver con el móvil, porque uno no ha sido capaz de borrar los malditos mensajes. Se echó el pelo hacia atrás y me miró con expresión cansada. Naturalmente, prosiguió, siempre te crees que eres más lista. Te crees muy hábil y luego desarrollas un apego ridículo a esas frasecillas guardadas y ya no eres capaz de borrarlas. Como todos los demás idiotas. Llevas el aparato siempre contigo y jamás lo dejas por ahí, pero subestimas la tenacidad del marido celoso que te lo roba del bolso. Y, tal y como están las cosas, ni siquiera puedes reprocharle los celos. Susanna se sentó y apoyó la cabeza entre las manos.

Dije con voz temblorosa que de ninguna manera había cogido el teléfono de su bolso. Nunca se me habría ocurrido hacer algo así. Que estaba encima de la mesa, y que yo buscaba el número del tal Steller…

Mentira, dijo ella. Ella jamás lo habría dejado así como así encima de la mesa. Se levantó, me miró largamente y dijo con su voz de actriz: Has registrado mi bolso.

Yo también me levanté, notando cómo la sangre me subía a la cara. Tenía justo el aire suficiente para rugir que primero eso era absurdo, y segundo, que no era yo quien tenía que justificarse, pero en ese preciso instante oímos la voz de Esther por el altavoz. Estaba sentada en la cama. Susanna salió corriendo. Segundos más tarde vi en la pantalla cómo se arrodillaba al lado de la cama y le cantaba.

Me senté. Todo mi ser estaba petrificado. No sabía cuánto tiempo había pasado. Por fin regresó.

De lo que sucedió después, mi memoria solo conserva fragmentos. Me veo gritar y tirar algo sobre la mesa, me veo dar puñetazos en la

mesa. Ella habla lentamente, tiene la cara pálida, yo lloro, me vuelvo a tranquilizar. Hablo, ella me escucha en silencio. Hago preguntas, ella camina de un lado a otro. A continuación es ella quien se sienta a la mesa y llora, y yo estoy de pie junto a la ventana y guardo silencio, luego le grito mientras continúo de pie, pero eso debe de haber sido más tarde porque la oscuridad fuera ya es densa e impenetrable, y entonces grita ella también, y me veo a un lado de la mesa y ella al otro y chillamos a la vez, pero luego me siento otra vez a la mesa con la cabeza entre las manos y miro cómo ella se apoya sin fuerzas contra la ventana, y lo que más me gustaría sería acercarme a ella y ponerle las manos en las mejillas y decir: Olvidémoslo todo, te quiero. Pero sé que eso no puede ser porque yo no lo puedo olvidar, y entonces a pesar de todo me acerco a ella y le pongo las manos en las mejillas, pero antes de poder decir algo ella dice: ¡Déjame, por favor, déjame, tú no lo comprendes! Y entonces gritamos los dos otra vez, de manera que yo no puedo oírla a ella y ella no puede oírme a mí, y luego estoy sentado a la mesa y oigo un portazo y cómo arranca el motor, y luego escucho el tenue susurro del silencio y me pongo a escribirlo todo y aun así no lo comprendo, tiene razón ella. No lo comprendo.

¿Qué voy a hacer mañana cuando se despierte la pequeña?

De noche, todavía. ¿Quién es ese David?

Da igual, me digo de inmediato, no importa. Lo importante es que existe.

Pero ¿quién es?

¿Un actor, un bailarín tal vez, o algo todavía más estúpido? Y al momento pienso: Por qué se te ocurren esos clichés, no sabes nada de él, podría ser cirujano o meteorólogo. Y da igual. Esa no es la cuestión.

Pero ¿quién es?

Tal vez uno de sus compañeros de rodaje en la última película, tengo que comprobar si había alguien llamado David. Pero ¿eso qué

implicaría? Esa no es la cuestión.

Pero ¿quién es?

Mañana por la mañana tengo que apañármelas para actuar con Esther como si todo fuera normal. Tengo que llamar al abogado y preguntarle si estamos en régimen de gananciales o de separación de bienes; es de locos no saber algo así, pero probablemente sea demasiado pronto para pensar en ello, quiero decir, ¿quién se plantea tan rápido lo del divorcio? Aunque, por otra parte, me pregunto cómo se supone que algo así puede desaparecer del mundo. Basta con imaginármelos, a ella y a él, pero no debo hacerlo, eso es lo más importante: que no me los imagine.

Todavía de noche. Ni idea de qué hora es. No encuentro mi teléfono. Hace mucho tiempo que no llevo reloj de pulsera.

También necesitaría el teléfono porque podría ser que llamara ella.

Tengo que volver a leerlo todo. Los últimos días, todas las mentiras. Al fin y al cabo, lo tengo escrito. Paso las hojas, y ahí estamos en la sala de estar, la primera tarde, y nos peleamos en el tono habitual de siempre, y ahí estamos por la noche asomados a la ventana como si todo fuera como siempre y como si ella no estuviera mientras tanto pensando en él, y ahí estamos desayunando y yo describiendo sus ojos, «no son realmente azules, más bien turquesa, salpicados de negro», y a su lado está el móvil y David le escribe y ella a él y él a ella y ella a él y él a ella, mientras yo… ¿Por qué pone aquí «Vete»?

Eso no lo he escrito yo. Ese no he sido yo.

Pero quién va a ser si no, quién podría haber sido, tranquilízate… ¡seguro que fue ella! Porque sabe imitar mi letra, lo sé. Voy pasando hojas, y ahí estoy conduciendo hasta el valle mientras ella se queda en casa y tiene tiempo para llamar a David por teléfono y yo vuelvo… ¿Por qué pone ahí «Vete» otra vez? Piensa con lógica. Si ella lo hubiera escrito en tu cuaderno, cómo pudo entonces intercalarse justo en esa línea, ¿acaso no habría logrado como mucho escribirlo en un margen?

No puedo ocuparme de esto ahora, no me lo puedo explicar,

simplemente no puedo. Sigo pasando las hojas, leo sobre nuestra caminata.

En mi inocencia, hasta he escrito que está constantemente con el móvil

Pronto se hará de día. Escribo a toda velocidad, anoto lo que acaba de pasar. Tengo que escribirlo para no volverme loco. O por si me ocurre algo. Esther está echada en el sofá. Está durmiendo otra vez. Ha sido espantoso.

Yo estaba ahí sentado leyendo mi cuaderno cuando de pronto oí un ruido. Sonaba como una voz humana, solo que muy aguda, y formaba palabras que yo no entendía, una salmodia que subía y bajaba y volvía a subir, algo como nunca antes había oído. Necesité unos segundos para percatarme de que provenía del monitor. Pero en la pantalla vi a Esther profundamente dormida: la cabeza en la almohada, la mano que sobresalía de la manta, allí no había nadie. Salí corriendo de la habitación, subí la escalera, irrumpí tambaleándome en el dormitorio y encendí la luz. No había nadie. Esther dormía profundamente. Qué iba a ser si no. Escuché. Todo estaba en silencio.

Así que apagué la luz, cerré la puerta sin hacer ruido, bajé la escalera, pero mientras iba por el pasillo hacia la sala de estar volví a oír la voz, y pronunciaba palabras, extrañas y antiguas, medio susurro, medio suspiro, y cuando llegué a la sala y vi en el monitor una forma grande inclinándose sobre la cama de Esther sentí que se me paraba el corazón.

Solo después vi que era yo. En la pantalla, al lado de la cama, era yo mismo. Se trataba claramente de un retraso en la transmisión; era la imagen de un minuto antes, y lo que había oído debía de ser una señal de radio, y mientras lo asimilaba y respiraba aliviado, vi cómo mi hija se incorporaba sobresaltada en la cama, abría los ojos, miraba fijamente a la figura que era yo, y se ponía a gritar.

Corrí escaleras arriba, tropecé, me golpeé la rodilla con un escalón, conseguí levantarme, seguí cojeando y grité: ¡Ya voy, ya voy! Puerta

abierta, luz encendida, allí estaba ella, dormida.

Acerqué una de las sillitas de colores, me senté, respirando pesadamente, y pensé con una claridad tal que parecía que otra persona me estuviera hablando: *Deberías haberte ido. Ahora es demasiado tarde.* Me levanté muy despacio. No podía dejar sola a Esther, pero tampoco podía pasarme el resto de la noche en aquella silla diminuta. Así que la saqué con cuidado de la cama. Murmuró algo en sueños, y se movió un poco para acurrucarse más contra mí; hundió la cara en mi cuello, sentí su respiración cálida sobre mi piel. Mientras bajaba cuidadosamente la escalera, paso a paso, empezó a roncar bajito. Llegué a la sala de estar y la tendí en el sofá. Ella, con un suspiro, se acurrucó.

Y aquí está ahora durmiendo. He cerrado con llave la puerta del cuarto de estar. Esther está aquí, eso es lo único que cuenta. Quién o qué esté arriba, no lo quiero saber. Justo acabo de verla en la pantalla durmiendo plácidamente mientras la extraña voz le cantaba… y todo eso mientras no había ninguna duda de que estaba tumbada a mi lado en el sofá. Resultaba insoportable. Desenchufé el monitor.

Luego me puse a medir otra vez. En el caso de uno de los ángulos, el resultado sigue siendo el mismo, pero el otro ha cambiado: el de abajo suma ahora treinta y nueve grados, y el de arriba cuarenta y uno. He arrancado la hoja del cuaderno, he hecho una pelota con ella y la he tirado.

Me duele la rodilla por la caída en la escalera. Cuánto me gustaría apagar la luz para que desaparezca el reflejo en la ventana, pero la oscuridad sería todavía peor. Pero he vuelto a mirar y todo estaba como debía, me podía ver a mí mismo y a la niña, solo que la puerta estaba abierta de par en par. La puerta que había cerrado.

No son más que imágenes, me digo una y otra vez, solo ilusiones, no pueden tocar nada ni hacer nada, ni a ti ni a la niña.

Todo está en silencio. Solo se oye mi respiración.

En la pared hay colgada una imagen.

Una foto encuadrada en un marco fino de metal. Cuelga al lado de la superficie de acero del armario de la despensa, enfrente del televisor. Está un poco torcida, y muestra a un hombre apoyado contra un árbol.

Lleva un traje que podría haber estado de moda hace mucho tiempo, un sombrero en la mano, y su cara barbuda tiene una expresión más que seria, desesperada. Los colores están desvaídos. Recuerdo haber escrito que en toda la casa no había ninguna foto. Podría consultarlo, pero ahora no quiero. No me acuerdo de esta pared, así que es posible que la imagen me pasara desapercibida. Pero ¿habría podido pasar desapercibida una imagen así? Y sé que he escrito: No hay ningún cuadro en ningún lugar de la casa. ¿Acaso lo habría escrito si aquí hubiera habido una foto?

En algún momento la noche llegará a su fin.

¿Cuánto tiempo habré dormido, tumbado en el suelo? Me duele la espalda. Sigue siendo de noche. Escribe el sueño.

Estaba fuera, en la ladera, contemplando el valle. Entonces levanté la vista, mirando en diagonal a través de los glaciares, y vi la otra montaña.

Era inmensa, y daba al precipicio más profundo que jamás hubiese visto. Podría estar uno cayendo durante horas y horas antes de llegar al suelo, pasando por delante de rocas y más rocas y hendiduras y riscos y hendiduras más profundas y siempre más y más piedras, y todo eso se perdía en una lejanía que me mareaba. Mientras miraba la montaña, sentí un tirón: un remolino que parecía una corriente, pero que era la gravedad. La montaña tenía tanta masa que uno sentía su fuerza de gravedad, y comprendí que bastaría con saltar en el aire y mi propio peso se vería atraído hacia ella, entonces ya nada me retendría.

Y ahora, sentado a la mesa y garabateando en el cuaderno, con los miembros doloridos, me asalta el nombre «Montaña de los Mundos». No sé qué significa, pero no puedo apartarlo de mi mente, porque eso es lo que es, eso es lo que he visto.

*6 de diciembre*

A toda prisa, mientras Esther está viendo los dibujos animados.

Me ha despertado al amanecer y, claro, quería saber dónde estaba Susanna.

Mami ha tenido que ir a hacer un recado a la ciudad, le dije, mira qué divertido, solos tú y yo, mira qué bien.

¿Por qué he dormido en el sofá?

¡Pues porque también es divertido dormir de vez en cuando en el sofá!

¿Por qué es divertido?

Espérate aquí, tengo que buscar el teléfono.

Cuando salía de la sala, miré la pared blanca al lado del armario de la despensa. La foto del hombre junto al árbol seguía colgada, como si siempre hubiera estado allí.

Mientras subía la escalera, oí que Esther me llamaba.

Ahora voy, grité, y entré en el dormitorio principal. Allí estaban las maletas hechas, Susanna no se había llevado nada. Y allí, enchufado al cargador, estaba también mi móvil.

Llamé a Susanna, no lo cogió, no dejé ningún mensaje. Lo más importante era llamar un taxi. También en este entorno aislado tenía que haber taxis, si no en el pueblo de abajo, en el siguiente, o en otro; mientras yo pudiera pagarlo, alguien vendría a por nosotros.

Cuando volvía a la sala de estar, me vibró el móvil. En la pantalla ponía «Schmidt». Vacilé, pero, como no me podía permitir contrariarle, respondí la llamada.

Bueno, ¿cómo van esas dos bellezas?, preguntó.

Al principio no le entendí, luego caí en la cuenta de que se refería a Jana y Ella.

Les va fantástico, dije. Tengo un montón de ideas. Ya he llenado un

cuaderno.

Esther me tiró de la pernera del pantalón. La aparté. Empezó a llorar.

Fabuloso, dijo Schmidt. Genial.

Sí, eso mismo, dije yo.

Dame alguna pincelada, dijo él. Cuéntame algo.

Justo ahora no es el mejor momento, dije yo.

Venga ya, dijo él, ¡un pequeño adelanto! Su voz sonaba peculiar. ¿Podría ser que no se fiara de mí?

Tomé aire, abrí la boca, volví a cerrarla. No se me ocurría nada. Todas las cosas que había bosquejado, todas las situaciones y las escenas graciosas parecían haberse borrado. Me encajé el móvil contra la barbilla y abrí el cuaderno: aquí estaba describiendo cómo bajaba la carretera llena de curvas. Pasé la página: aquí estaba comprando en el pueblo. Seguí pasando hojas, ¿dónde estaban Jana y Ella? Cállate un momento, le susurré a Esther. Un momentito, que ahora papá tiene que hablar por teléfono, ¡deja de llorar!

¿Cómo dices?, preguntó Schmidt.

Bueno, Jana tiene que mudarse, dije. Ella la echa. Porque Martin quiere irse a vivir con ella.

¿Martin?

El funcionario de Hacienda, ¿no te acuerdas? De ahí surgen problemas. Enredos. Locuras.

Pues no sé, dijo él. Después de estrenarse la película, ese mismo mes tuve una inspección de Hacienda. Y al año siguiente otra. ¿Y qué clase de locuras exactamente?

Esther me tiró tan fuerte del pantalón que me costó mantener el equilibrio.

Todo tipo de locuras, dije. Las cosas más alocadas.

Ya, pues entonces dame algo. ¡Cuéntame algo de esas locuras!

¿Puedo llamarte más tarde?

Dentro de un rato me reúno con el comité de financiación. Si me cuentas algo ahora podré…

¡La cobertura es muy mala!

Yo te oigo bien.

Colgué, luego me arrodillé y abracé y besé a mi niña llorosa. Los hombros de Esther temblaban, los sollozos sacudían su cuerpo. ¿Dónde está mamá?, preguntaba.

Pero si ya te lo he dicho, susurré, y me percaté, asustado, de que no lograba recordar de qué mentira había echado mano.

¿Dónde está?

¿Y ahora qué le digo? Si le cuento algo diferente a lo que le dije antes, se dará cuenta. Pero si ya lo sabes, le dije, y la levanté por los aires imitando el ruido del motor de un avión, y la balanceé a izquierda y derecha, a izquierda y derecha. Eso le gustaba realmente, nunca fallaba, y efectivamente se empezó a reír. El teléfono vibró, Schmidt estaba llamando otra vez. Me puse a sudar. Sobresaltado, hice girar a Esther por los aires con demasiado impulso, y de nuevo rompió a llorar.

Tranquila, tranquila, tranquila, dije. Pero si es divertido. No pasa nada. Vi uno de sus libros ilustrados en el suelo. Senté a la niña en el sofá, cogí el cuento, lo abrí y empecé a leer. El móvil enmudeció.

El cuento trataba sobre un oso de peluche que por alguna razón se llamaba Maulfängli y que estaba buscando, en un país que en realidad era una cama enorme, un tesoro de piezas de oro, un tesoro de verdad que unos piratas habían escondido mucho tiempo atrás. Con voz ronca recité:

*Qué difícil lo tiene*
*el señor oso Maulfängli*
*en su búsqueda*
*del tesoro de oro.*

¿Quién escribe cosas así, pensé, cómo puedes seguir adelante con tu vida, cómo puedes mirarte al espejo si escribes cosas así?

¿Por qué el oso se llama Maulfängli?, pregunté. ¿Qué significa?

Es por el sombrero, dijo Esther.

Observé la colorida imagen. El oso no llevaba sombrero. Decidí dejar el tema. En las últimas páginas, el oso Maulfängli no encuentra el tesoro, pero descubre que hay algo todavía más importante que la

riqueza: que los seres humanos sean buenos los unos con los otros y vivan juntos en paz.

Pero ¿por qué los humanos?, pregunté. ¿A él qué le importan los humanos? Es un oso.

Esther se puso a llorar otra vez.

¿Quieres ver la tele?

Esther empezó a temblar de alegría. Se secó apresuradamente las lágrimas. No hay nada que le guste más que ver la televisión. Normalmente no la dejamos, pero ahora era un buen momento para hacer una excepción. Tomé el mando a distancia y encendí el televisor. En la primera cadena ponían noticias, cambié, en la segunda también noticias, volví a cambiar, en la tercera salía la mujer de los ojos muy juntos. Su cara llenaba la pantalla.

Apagué. Me había quedado helado, la habitación parecía estar dando vueltas lentamente.

¡Lo has prometido!, gritó Esther, ¿por qué la apagas?

Para distraerla, no se me ocurrió otra cosa que ponerme a saltar y a bailar: arriba la pierna derecha, arriba la pierna izquierda, entoné un canto tirolés y miré hacia el lejano cielo gris y los glaciares que no me iban a ayudar, y luego hacia abajo, hacia los colores verdes y grises de las sombras del valle. Por primera vez en la vida, mientras saltaba y cantaba y daba palmas, me pregunté seriamente si me habría vuelto loco. Pero ¿cómo se podía saber eso, cómo lo descubría uno? ¿Acaso el hecho de estar haciéndome la pregunta no era ya la prueba de que no lo estaba? Yo saltaba y daba palmas, y Esther, que por la sorpresa se había olvidado de la tele, me imitaba. No, pensé, no es así de simple. El hecho de estar pensándolo no demuestra nada.

Cuando Esther se cansó, examiné el contenido del cubo de la basura de la cocina: peladuras de manzana, grumos apelmazados de copos de avena, pequeños charcos de leche, el papel de aluminio de la mantequilla… y allí, hecha una bola, estaba la cuenta del colmado Gruntner. En la parte de arriba de la hoja figuraban la dirección y el número de teléfono. Cogí mi móvil y marqué.

Sonó mucho tiempo. Cinco, seis, siete veces. Siguió sonando. Temía

que Esther se pusiera otra vez a llorar, pero solo me miraba, interrogante. Ahora ya había sonado doce veces. Trece, catorce. Justo cuando iba a desistir, el hombre descolgó.

Soy yo, dije. Necesito un taxi. Alguien tiene que venir a buscarnos.

¿Quién es?

¿Qué es lo que quería enseñarme?, pregunté. Con esa escuadra, ¿qué es lo que quería enseñarme?

Enseñar, dijo él. ¿Enseñar?

Y se quedó callado un rato.

Sí, no coinciden, dijo finalmente, ¿verdad? Ahí arriba nunca encajan los ángulos.

Pero ¿cómo es eso?

Uno de aquí… Resopló. Se oía cuánto le costaba renunciar al dialecto para hablar en alto alemán. Uno de aquí, Hans Ägerli, el dueño del Lindenhof, dijo que una hormiga tampoco puede saber qué es una catedral o una central eléctrica o un volcán. Tosió, luego añadió pensativamente: Pero Ägerli ha vuelto a beber. Habla mucho.

¿Qué había aquí antes? La casa es nueva, pero tiene una carretera propia, ¿cuándo fue construida?

Antes había otra casa.

Ya lo sé, pero ¿cómo era?

No grites así. Otra. También era una casa de vacaciones. Venía gente, pasaban las vacaciones, volvían a irse. A menudo se iban antes de tiempo. Por eso Steller siempre cobra de antemano. Una vez pasó algo.

Papá, llamó Esther, ¡quiero enseñarte algo!

¿Qué pasó?

¡Papá!

Ahora no. ¿Qué pasó?

Alguien desapareció. Uno de los veraneantes estaba allí. Y luego ya no estaba. Nunca lo encontraron. Se caería. Eso pasa en un visto y no visto en las montañas. Todas esas grietas. Las pendientes resbaladizas. Nuestros caminos no están bien señalizados. Hans Ägerli se encarga de los rescates en montaña. Pero ya lo sabe: bebe. Y aquí siempre desaparece gente. Antes también.

¿Qué había aquí antes de la antigua casa?

Otra.

¿Cómo era?

Pues eso, otra. Y antes había una torre, dicen.

¿Una torre?

A lo mejor no. Eso es una leyenda. Pero la carretera es muy antigua.

¿Cómo de antigua?

Siempre ha estado ahí.

¿Siempre?

Siempre.

¿Y qué clase de torre?

El diablo la construyó y un mago la destruyó, con la ayuda de Dios. O al revés, un mago la construyó y Dios la destruyó.

¿Se puede leer esa leyenda en algún sitio? ¿Hay una crónica del pueblo?

¿El qué?

Una crónica del pueblo.

Se rio. No tenemos ninguna crónica del pueblo.

Papá, llamó Esther, ¡mira ahora, mira, papá!

Su voz sonó tan aguda y alarmante que me recorrió un escalofrío de miedo, pero solo quería enseñarme algo que había montado con Legos.

Estupendo, susurré. ¡Fantástico!

Esther se inclinó y empezó a desatarme los cordones de los zapatos.

Tengo a un cliente aquí, dijo el hombre.

Espere, exclamé. ¡Necesito un taxi! ¡Necesito un número!

¿Qué te crees que soy, el servicio de información?

Mi mujer se ha marchado con el coche. Necesito una empresa de taxis. Necesito a alguien que…

El ruido que me interrumpió sonó distinto a cuanto haya oído en la vida. Era mitad tintineo y mitad bufido. No sonaba como un fallo eléctrico, más bien como algo vivo.

Hola, grité. ¿Me oye?

Pero el teléfono seguía en silencio y la pantalla mostraba: Fuera de cobertura.

Levanté el aparato, lo bajé, me acerqué a la ventana. Fuera de cobertura. Me até los cordones de los zapatos.

Ven, dije, y tomé a Esther de la mano. Me siguió a pequeños pasitos. Empujé el picaporte hacia abajo, la puerta estaba cerrada con llave. Me llevó un momento recordar que había sido yo mismo quien la había cerrado por la noche. La llave estaba puesta, la giré, salimos.

Esther chilló de sorpresa. Estábamos otra vez en la sala de estar.

Habíamos abandonado efectivamente la sala de estar, pero la puerta por la que habíamos salido nos había llevado de nuevo a la sala de estar.

Anda, qué cosas, dije con toda la jovialidad que pude fingir. Entonces busqué la vieja película de dibujos que tenía grabada en mi móvil para situaciones como viajes en tren y salidas a restaurantes, *El libro de la jungla*, y le pasé el aparato. Ella lo agarró agradecida.

No sé de dónde me venía, pero tenía la vaga idea de que las cosas se tranquilizarían de algún modo… del modo en que se calman las aguas revueltas si esperas un poco.

La comparación con la hormiga no es buena. Sería mejor compararlo con una criatura dibujada en un papel. Si esta viviera, entonces viviría enteramente en el papel, en su superficie. Ahora imagínate que en ese papel hubiera una montaña. Aunque esa criatura trazara un círculo alrededor de la montaña y midiera la superficie contenida en él, la criatura seguiría sin comprender qué tenía ante ella. Sería mucho más papel del que, según su razón, podría caber dentro del círculo. Para esa criatura, sería un milagro.

Lo he anotado todo para que quien encuentre el cuaderno sepa qué ha sucedido. El pensamiento es terrible, pero aun así hay que pensar en ello. Mi pequeña está ahí sentada sin sospechar nada. Ahí está, viendo una película. Y más adelante dirán que esos dos también desaparecieron: su mujer le había dejado, quién sabe lo que le pasó por

la cabeza, y en esas montañas hay muchas grietas y hendiduras, empiezas a pensar cosas feas y es fácil que pase algo.

En el exterior, mediodía lluvioso. Más y más nubes, niebla en el valle, ya no puedo ver los glaciares. Será mejor que enchufe el móvil. Si conseguimos salir de la casa, la batería tiene que estar cargada.

Ahora ya ha visto tres veces la película, tres veces ha huido Shere Khan en llamas, tres veces ha regresado Mowgli al pueblo de los hombres. Desenchufo el móvil. La batería está cargada. No hay cobertura. Voy a dejar el cuaderno encima de la mesa. Voy a levantarme y a tomar a Esther de la mano y vamos a ir hasta la puerta caminando hacia atrás, vamos a recorrer el pasillo caminando hacia atrás, para salir de la casa hacia atrás. No sé por qué tengo la sensación de que caminar hacia atrás podría ayudar.

Si lo conseguimos, esta será la última anotación.

*7 de diciembre*

¿O estamos todavía a seis? Nicolás. Ayer era el día de San Nicolás, ninguno de los dos se ha acordado. No sé si ya ha pasado la medianoche.

Es extraño que antes me resultara tranquilizador mirar las estrellas. Leí una vez que muchos astrónomos creen que el universo podría ser infinito. Lleno de estrellas, lleno de galaxias, siempre más y más, literalmente *siempre* más.

No sé por qué ahora reflexiono tanto sobre las estrellas.

Esther está dormida otra vez en el sofá, después de la caminata ha quedado exhausta. Me duelen los hombros. Una niña de cuatro años pesa más de lo que podría creerse.

Y este universo infinito podría ser solo uno más de una infinidad de universos infinitos, cada uno con sus propias leyes. Cada uno es inalcanzable para los demás, están estrictamente separados unos de otros. Normalmente.

Así que hacia el final de la tarde me levanté, le quité el teléfono a Esther, la tomé de la mano y le dije que no valía darse la vuelta, que era un juego. Y fuimos caminando hacia atrás. Llegamos al pasillo: suelo de madera, paredes blancas, a la izquierda la puerta que daba al lavadero, al lado una puerta entreabierta, tuve la certeza de que esa puerta no estaba allí antes. Al pasar por delante, eché un vistazo. El cuarto estaba vacío, una bombilla desnuda colgaba del techo, en un rincón había una silla de madera a la que le faltaba una pata. Por un momento luché contra el deseo sorprendentemente fuerte de entrar,

pero resistí y tiré de Esther para continuar.

Tengo que ir al lavabo, dijo ella.

Ahora no.

Nuestros plumíferos estaban colgados del perchero, los agarré con la mano izquierda. Sin soltar a Esther con la mano derecha, sujeté los abrigos bajo el brazo y palpé en busca del picaporte a mi espalda. Por un momento temí que la puerta no cediera, pero lo hizo.

No te des la vuelta, dije.

No, no, no, dijo Esther entre risitas.

Marcha atrás nos encontramos al aire libre. Hacía un frío gélido. Nuestra respiración producía nubes de vapor. Cerré la puerta, luego me arrodillé y le puse cuidadosamente el plumífero a Esther. A continuación me puse el mío, me castañeteaban los dientes, cerré la cremallera y me subí el cuello. Ahora habría sido muy útil la mochila para llevar a la niña, pero estaba arriba, en la maleta.

¿Ahora qué hacemos?, preguntó Esther.

Vamos a caminar un poco.

¿A pie?

Ya sé que no te gusta. Pero será poco rato.

Nos pusimos en marcha.

Hay alguien en la casa, dijo ella.

Me giré. No había apagado la luz de la sala de estar; tras el gran rectángulo de la ventana se dibujaba una silueta. Había allí alguien de pie, con los hombros caídos, la cabeza inclinada hacia un lado, y nos estaba mirando.

Qué tontería, dije.

¿No lo ves?

Ahí no hay nadie. Vamos.

Ahora la silueta parecía encontrarse más a la izquierda que un momento antes, y también había una segunda silueta a su lado, y de pronto no había ninguna, mientras toda la fachada de la casa parecía arrugarse en torno a la ventana. Por un momento, el tamaño del edificio se hizo confuso; se elevaba a lo lejos, puntiagudo y gigantesco, pero no hacia arriba, sino en una dirección para mí desconocida.

Qué pequeña se ve la casa, dijo Esther.

Deja de mirarla, le dije.

Mientras caminábamos, me asaltó con vertiginosa nitidez la imagen de una mujer que dentro de unos años estaría en la ventana, o que hace mucho tiempo estuvo en la ventana, y que, petrificada de miedo, miraba a dos fantasmas tomados de la mano, un hombre y una niña, que se alejaban en la noche.

La ventana detrás de nosotros proyectaba todavía un poco de luz sobre la carretera; desde el aparcamiento iluminaba unos buenos cincuenta metros. Entonces llegó la primera curva.

Tengo que ir al lavabo, dijo Esther.

Aquí, dije yo. Rápido.

Cuando terminó, continuamos. Después de la curva, la oscuridad era tal que parecía que camináramos con los ojos cerrados.

Saqué el teléfono. Menos mal que lo había cargado mientras Esther veía su película, la batería estaba al máximo. La linterna de la parte de atrás daba suficiente claridad para iluminar nuestro camino por la abrupta bajada de la carretera. No solté a Esther, sentía su mano caliente en la mía, helada.

¿Dónde está mami?

Ya te lo he dicho.

¿Dónde está?

En casa. Donde pronto estaremos nosotros.

¡Está tan oscuro!

Sí, dije. Pero ¿a que es divertido? ¿A que es interesante? Es toda una aventura.

Empezó a llorar.

Mañana te compro un juego de Legos, dije. Como quieras de grande. El que tú quieras. Prometido.

¿El que yo quiera?

Puedes elegir el que quieras.

Caminamos un tiempo en silencio. Esther había dejado de llorar. Llegamos a la segunda curva, luego a la tercera. Fuera del foco de luz, la oscuridad era impenetrable. Cuando dirigía la linterna del móvil, aún

sin cobertura, hacia los bordes de la carretera, veía matorrales, veía rocas y algo de tierra. Miré fijamente hacia donde suponía que se encontraba el valle, pero debía de estar cubierto de nubes, pues no se veía ni un solo punto de luz. Miré hacia arriba, pero tampoco se veía la luna.

Papá, ¿tú sabes por qué…?

Algo crujió a nuestro lado. Ella pegó un grito, yo me puse delante de ella de un salto para protegerla, un cuerpo grande salió brincando a cuatro patas delante de nosotros y se alejó galopando carretera abajo. Esther lloraba. La tomé en brazos y le di besos. Sus lágrimas sabían saladas.

Una cabra montés, dije yo. O algo así. Será una cabra montés.

¿El barco pirata también?

¿Qué?

¿Puedo elegir el barco pirata? ¿El grande?

Claro. El gran barco pirata también.

Después de dos curvas más, me sentía como si el mundo se hubiera apagado. Tan silencioso y negro era todo a nuestro alrededor que parecía que solo existiéramos Esther y yo y el sonido de nuestros pasos en el frío cortante. Empecé a canturrear. Al escucharme a mí mismo reconocí la melodía: «London Bridge is falling down».

Canta conmigo, dije. «Falling down, falling down. London Bridge is falling down…».

Lo intentó, pero luego se calló, y entonces yo tampoco pude soportar el sonido de mi voz y callé también, y ella enseguida se puso a llorar otra vez. La tomé en brazos. Su cara caliente y mojada contra mi mejilla. Ya en la curva siguiente me sentí jadear, y tuve que redoblar la prudencia para no perder el equilibrio.

Mi mayor preocupación era la batería. Necesitábamos la luz, teníamos que conseguir llegar abajo antes de que se agotara. Intenté llevar a Esther de una manera, luego de otra, cada vez el cambio me aliviaba, pero luego volvía el dolor. Al poco me temblaban los músculos y sentía mis dedos como si se fueran a partir.

Quiero irme a casa, murmuró ella.

Sentí su miedo, y también con cuánta fuerza se apretaba contra mí, porque cerca de mí se sentía más segura. Era insoportable no poder hacer ni lo más mínimo para protegerla.

Llegaremos pronto, murmuré.

Poco después me vi incapaz de seguir cargando con ella y la dejé en el suelo. Respiré profundamente y sacudí los brazos. Al cerrar los ojos, vi patrones geométricos que se engarzaban unos en otros y crecían y giraban en torno a su eje. Era una visión repugnante, volví a abrir rápidamente los ojos.

No llores, dije, y volví a tomarla en brazos. Enseguida llegamos.

¿Adónde llegamos?

Llamaremos al timbre de alguna casa, dije. Primero a la tienda. Solo hay una tienda en el pueblo, el dueño es amigo, seguro que vive en la misma casa. Y tiene teléfono. Desde allí llamaremos a mami.

El cielo parecía ahora un poco más claro, distinguía vagamente los troncos de los árboles. Después de la siguiente curva se volvieron más nítidos. Entre los troncos brilló la luz de una casa.

Lo hemos conseguido, dije. Me temblaban los músculos de los brazos por el peso de Esther, pero eso ahora me daba igual. ¡Ha sido divertido, lo hemos pasado bien! Esto ha sido una locura, ¿verdad?

Ella no respondió. Llevado por el alivio, empecé a dar zancadas cada vez más grandes, eché a correr. El teléfono seguía sin tener cobertura. El bosque se hizo más claro, la carretera nos conducía hacia la ventana iluminada. Di un par de pasos más, y me detuve. Durante un momento abrigué con todas mis fuerzas la esperanza de que se tratara solo de un parecido, y por tanto un error: el tejado puntiagudo, la ancha puerta principal, el aparcamiento vacío delante y la gran ventana iluminada a través de la cual se veía la larga mesa y la cocina y la puerta abierta que daba al pasillo. Pero no era un error.

Estamos de vuelta, dije.

¿Qué?

Hemos vuelto, dije poniéndola en el suelo. Me sentía como si fuera a vomitar pero luché contra ello, eso no podía pasar. No delante de la niña.

Pero si íbamos siempre hacia abajo…

Es complicado, dije con voz ronca, te lo explico mañana. Ahora tienes que irte a dormir.

Pero…

Es muy, muy tarde. Fin de la aventura. ¡Qué divertido ha sido! Ahora tienes que irte a dormir.

¡Pero tengo hambre!

Eso no es problema, grazné. La nevera está llena. Te preparo algo de comer. Estamos en casa.

Ahora está durmiendo en el sofá, la he cubierto con mi abrigo.

Antes había un hombre en la habitación. No parecía peligroso, más bien cansado. No era el de la foto enmarcada, pues no tenía barba, pero creo que se parecía a la mujer de los ojos muy juntos. No lo pude distinguir bien porque el hombre no estaba de pie en el suelo, sino en el techo, y me miraba desde arriba como si quisiera pedir ayuda. Pero ha estado poco rato aquí, y yo estoy tan agotado que a lo mejor me lo he imaginado. Al igual que tal vez me haya imaginado que en el cuarto vacío con la bombilla y la silla rota ahora hay una segunda puerta por el otro lado. Lo vi cuando llevaba a Esther por el pasillo, la otra puerta estaba abierta y tras ella había otro cuarto vacío con bombilla y puerta abierta, y tras ella otro cuarto con bombilla y puerta abierta, y tras esta un tercero; solo lo vi un momento, así que no estoy seguro de si en el tercer cuarto realmente se movía algo en el suelo. Enseguida llegamos a la sala de estar y cerré la puerta.

Es el lugar en sí mismo. No es la casa. La casa en sí misma es inofensiva, simplemente está donde no debería haber nada. Sospecho que existen más lugares como este, pero los demás deben de ser inalcanzables, deben de estar en el fondo del mar o en cavernas donde nunca ha entrado nadie. O en realidad solo existe uno, y el siguiente está a años luz en el universo infinito. Da vértigo pensarlo: una infinitud no inventada sino real, repleta de cosas y criaturas y galaxias y cúmulos de galaxias y más y más, sin fin y en todas direcciones. Y, de

vez en cuando, sitios en los que la materia se hace más fina y sutil.

Palabras. No alcanzan a decir cómo es de verdad.

Pero ahora sé por qué tienen todos esas caras. Por qué tienen el aspecto que tienen. Es por las cosas que han visto.

Cuando cierro los ojos, veo figuras que se repiten: nítidamente dibujadas, van reptando como insectos. El lugar no es maligno, pero es una trampa: como una grieta en la roca de la que en un principio todavía podrías salir, pero ves el cielo sobre ti y piensas que no es peligroso, así que te entretienes y miras a tu alrededor porque allí hay cristales interesantes, y cuando finalmente decides que quieres salir te das cuenta demasiado tarde de que ya no encuentras dónde agarrarte.

Creo que tiene que ver con la conciencia. Por eso no atrapa a todo el mundo con la misma intensidad, a mí tal vez más que a la niña, a lo mejor debería haber enviado a Esther sola camino abajo, pero a lo mejor eso habría sido un gran error, ¿cómo puedo saberlo?

Lo he escrito todo. A lo mejor alguien lo encuentra.

¿Y si lo encuentran?

Bueno, de todas formas lo considerarán un caso claro.

Esther no se mueve. Está ahí tumbada, totalmente relajada. Como liberada. Respira de forma profunda y regular. No hay absolutamente nada que yo pueda hacer.

También eso del ángulo lo entiendo mejor ahora. No es fácil de explicar con palabras. Al menos, no con estas palabras. Con palabras nuevas se podría. Pero ¿para qué molestarse? Si digo que además de las tres dimensiones hay que imaginar que existen otras tres por el otro lado, o más bien *desde dentro*… Pero ¿a quién se lo voy a explicar? ¿A los otros, que también están aquí para siempre? Ellos ya lo saben desde hace mucho, saben mucho más.

Pero a lo mejor podría avisarle a él, o sea a mí, al hombre que hasta hace muy poco fui, de esta manera: advertirle a través del tiempo ondulante: *Vete*. Gritarle: *Vete, antes de que sea demasiado tarde*, susurrarlo, rugirlo, que deje de preocuparse por su película y abra los ojos y vea dónde está. Llegar de alguna forma hasta él, hasta que me oiga, hasta que lo lea, hasta que lo vea, hasta que comprenda.

No ha funcionado. Lo he intentado. Sigo aquí. O sea que no se ha marchado cuando aún podía hacerlo, de modo que sigo aquí.

Pasos en la primera planta. Pero eso ya no me asusta. Ahora me dan miedo cosas muy diferentes. Alguien estaba caminado por el pasillo de arriba, algo se ha caído al suelo y se ha roto con estruendo, luego se han oído crujidos en la escalera, luego se ha cerrado la puerta de la casa. Ahora vuelve a reinar el silencio.

Fuera se está haciendo de día. ¿Cómo se lo explico cuando se despierte, cómo se lo explico? Solo nos queda comida para dos días, pero algo me dice que comer pronto dejará de ser importante.

Creo que oigo

Se ha ido. Estoy solo, Dios mío, ella se ha ido. Ahora toca esperar.

No puedo saber la hora, el móvil se ha quedado sin batería y el cargador, que hace un rato seguía encima de la mesa, ya no está ahí. Debe de haber pasado ya como media hora, signifique lo que signifique eso, puesto que el tiempo es

Ahora tres cuartos de hora. Si no vuelven a aparecer pronto, es que lo han

Creo que lo han

Lo han conseguido.

Cuando se hizo de día y Esther empezó a moverse en sueños, justo antes de despertar, oí de repente el ruido de un motor. Supe de inmediato de qué se trataba, y supe que tenía que ser rápido. Agarré a la niña, abrí la puerta de un empujón y la llevé por el pasillo, que ahora no era el que salía desde la sala de estar sino que era el de la primera planta, y que encima era mucho más largo de lo que debería ser. Pasé corriendo por delante de la puerta del dormitorio de la niña, que por fortuna estaba cerrado, y también por delante de los demás dormitorios, y corrí y corrí mientras Esther empezaba a moverse y miraba confusa a su alrededor. El pasillo se estiraba, y yo corría, di un traspié, conseguí no caer, continué corriendo hacia la escalera, entonces oí un claxon fuera. Esther se desperezó adormilada y pegó un grito al golpearse contra un cuadro de la pared, oí ruido de cristales al romperse. Corrí y corrí, y no podía creer que todavía siguiera corriendo, Esther empezó a gimotear. De pronto comprendí que era muy probable que tuviera que seguir corriendo sin fin, pero entonces alcancé la escalera y bajé a toda prisa. Abrí la puerta y salí tambaleándome al exterior.

Allí estaba mi coche. Los faros estaban todavía encendidos, los limpiaparabrisas se movían, una fina llovizna llenaba el aire. Al volante estaba Susanna.

Se bajó sin apagar el motor. Estaba muy pálida, tenía el ceño fruncido y de inmediato empezó a hablar: había estado preocupadísima, había llamado cientos de veces, eso no se podía hacer, dejar de contestar al teléfono, ¡eso no se hace cuando se tiene un hijo en común!

Abrí la puerta de atrás y senté a Esther en el asiento trasero. Me miró con los ojos muy abiertos. Me incliné y le di un beso. Su mejilla estaba ardiendo. Tenía fiebre. Abrí la boca para decirle algo, pero no se me ocurrió nada. No había nada apropiado que decir. Así que cerré la

puerta del coche.

No es importante, dijo Susanna. Me da igual. No significa nada para mí, no quiero volver a verle.

Me llevó un momento entender de qué me estaba hablando.

Fue un error, dijo. Un terrible error.

Arranca y vete, dije.

Pero…

Yo ahora necesito tiempo para mí, dije. No puedo hablar. Tengo que reflexionar. Sí, eso es lo que tengo que hacer, reflexionar. Sobre todo.

¡Pero no aquí!

Aquí está bien, dije. Aquí me encuentro bien, es un buen sitio para reflexionar. ¡Vete cuanto antes! Ya te llamaré yo. Vete.

Ella iba a decir algo.

No, dije. Confía en mí. ¡Vete!

Asintió.

Cuando nos miramos, me sentí como dividido en dos seres. Saber que nunca volvería a verlas, ni a ella ni a Esther, resultaba insoportable; sentía un nudo en la garganta, me cortaba la respiración, era insufrible. Pero, al mismo tiempo, las dos me resultaban tan lejanas que ni siquiera sabía si habría querido regresar al lugar al que ya no podía regresar. La estreché entre mis brazos y tuve la sensación de que era otra persona quien lo hacía, alguien con quien compartía solo el nombre. ¿Y cuál era ese nombre? Traté de recordarlo. Permanecimos abrazados durante varios segundos. Demasiado tiempo. La solté, la aparté de mí, retrocedí y le dije con voz temblorosa: ¡Vete!

Ella asintió y subió al coche. Se puso en movimiento y se alejó. Por un momento vi la cara lívida de Esther en la ventanilla de atrás. Durante un rato seguí oyendo el ruido del motor.

Llovía sobre mi cabeza. Levanté la vista hacia la casa. Qué diferente se veía ahora. Lentamente, entré.

Así que aquí está registrado todo. El agua traza sus líneas de lluvia sobre la ventana. Las nubes son tan densas que de nuevo veo la

habitación nítidamente reflejada en el cristal: la mesa alargada, el armario, la cocina, la puerta. En el reflejo de la habitación no hay nadie. Pero sobre la mesa hay un cuaderno.

Y sin embargo apenas estoy empezando a

**Daniel Kehlmann, finalista del Premio Booker Internacional en 2020 con su novela *Tyll*, firma un inquietante thriller psicológico que narra el colapso de un escritor atrapado en un juego de espejos escalofriante.**

**«Daniel Kehlmann hace que nuestra propia cabeza se convierta en una casa encantada y da un giro completo a la literatura de terror».**
***Die Welt***

Un guionista en plena crisis creativa y conyugal acaba de llegar —acompañado de su mujer y de su hija— a una flamante casa de montaña. Es diciembre. El frío blancoazulado de los glaciares, los

bosques ocultos por una espesa bruma, el fluir de un río y un profundo y silencioso valle prometen, al fin, un nuevo comienzo. Una nueva oportunidad para finalizar un guion que se le resiste y para intentar reconciliarse con su mujer.

Sin embargo, algo pasa en la casa. Poco a poco los contornos de la realidad comienzan a difuminarse y lo que parecía una escapada idílica se convierte en una inquietante espiral de comportamientos disfuncionales.

*Deberías haberte ido* es una lectura sobrecogedora. Un relato claustrofóbico donde la realidad se tiñe de surrealismo y el terror no se presenta con sobresaltos, sino como un siniestro sueño cuyas piezas no acaban de encajar.

**La crítica ha dicho:**

«Pocas veces Kehlmann ha diseñado un laberinto de realidad tan sofisticado, ha adentrado tanto al lector en la espesura de la duda. [...] Su audaz fantasía no solo se apoya en un lenguaje cristalino, tranquilo y nunca impostado, sino también en un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad actual».
***Die Zeit***

«Esta alucinante novela sobre un escritor que pierde la cordura contiene imágenes alarmantes que permanecen en la retina. Kehlmann logra algunas florituras oscuramente cómicas, provocativas, potentes, agradablemente inquietantes».
**John Williams*, The New York Times***

«Un ejercicio de terror construido de forma hermosa. Kehlmann crea una sensación de miedo existencial que trasciende a cualquier historia de fantasmas. Un libro que te mantiene despierto toda la noche».
***Kirkus Reviews***

«Una clase magistral de estilo sobrio, prosa meticulosamente atenta y agilidad imaginativa. Kehlmann crea complejidad narrativa con los trazos más hábiles».
***The Literary Review***

«Un libro que debería llevar una advertencia sanitaria: leer a solas bajo su propio riesgo».
***Monocle***

«Un experimento magistral sobre los límites del realismo literario».
***The Brooklyn Rail***

«Kehlmann usa con habilidad elementos básicos del terror y ofrece una mirada sobre la distinción entre el arte y la vida».
***Publishers Weekly***

«Mi novelista alemán favorito».
**Ian Mcewan**

«Kehlmann es uno de los más brillantes escritores en activo».
**Jeffrey Eugenides**

**Daniel Kehlmann** (Munich, 1975) es doctor en Filología Germánica. Su obra ha recibido prestigiosos galardones, como el Premio de Literatura de la Fundación Konrad Adenauer, el Premio Kleist, el Premio Candide, el Premio Thomas Mann y el Premio Frank-Schirrmacher, entre otros. Su novela *La medición del mundo* ha sido traducida a más de cuarenta idiomas. Entre sus otros títulos publicados cabe destacar *Yo y Kaminski*, *Fama*, *F* y *Tyll*, publicadas estas dos últimas en Literatura Random House. Actualmente es profesor en la Universidad de Nueva York.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Du hättest gehen sollen*

Primera edición: marzo de 2023

© 2016, Rowohlt Verlag, GmbH
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Helena Cosano Nuño, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Cristina Couceiro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3843-5

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

# Índice

Deberías haberte ido

2 de diciembre

3 de diciembre

4 de diciembre

5 de diciembre

6 de diciembre

7 de diciembre

Sobre este libro

Sobre Daniel Kehlmann

Créditos